

56

IDAD AU

CCIÓN GE

EN NUEY

OTEC



SANCHEZ

ARMONE

VARIOS



BX175

S2

V. 14

C. 1

AL

135792

252

ALFONSO

José Angel Benavides.



1080046334

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE GUATEMALA
BIBLIOTECA GENERAL

C#2-6#43



NOVENARIO
DE SAN JOSEF.

TOMO XIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



38110



NOVENARIO

DEL GLORIOSÍSIMO PATRIARCA

SAN JOSEF.

Con un apendix sobre el dogma de las
indulgencias.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
religioso tercero de S. Francisco de
Asis, ministro del convento de San
Antonio Abad de Granada &c.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN TOMO XIV.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid: Por la viuda de Barco Lopez.
Año de 1814.

BX1756

52

V.14 NOVEMBER



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135792

Á LOS LECTORES.

Deseoso de promover el culto y devoción del santo patriarca Josef, esposo de la verdadera Madre de Dios, putativo Padre de su Unigénito, su defensor, su amparo y su nutricio; he trabajado esta Novena en estilo didáctico y sencillo. De propósito huyo en estos discursos de las flores de una vana elocuencia, mas propia para captar el aura popular y divertir la imaginación de los oyentes, que para instruir y edificar el espíritu. Quando trabajo pues á beneficio espiritual de mis hermanos, tengo siempre á la vista la sentencia de Oseas; á saber: que los que siembran viento

solo recogerán torbellinos. Ni olvidaré jamas la protesta de S. Pablo á los Corintios: no he venido á vosotros, les dice, á anunciaros el testimonio de Cristo con sublimidad de palabra ó de sabiduría; porque juzgo no saber entre vosotros otra cosa que á Jesucristo crucificado.... Mi palabra y mi predicacion no estriba en las expresiones persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud, para que vuestra fe no se funde en la sabiduría de los hombres, sino en la virtud de Dios. Hé aqui, señores sacerdotes, el único método de desempeñar dignamente el delicado ministerio del púlpito. Vuestra obligacion es anunciar á los pueblos la palabra del Señor como salió de su boca. Ella en sí es enérgica, viva, eficaz y mas penetrante que una espada de dos filos: no necesita pues de adornos estudiados, y no sé si diga meretricios. Dexad al foro y

academia los primores del arte, y cuidad únicamente que vuestras expresiones sean verdaderas, varoniles, eficaces, apoyadas en la escritura, la tradicion y fe de la iglesia. Asi será palabra de Dios; consigo llevará el convencimiento; producirá sus frutos de vida en las almas, y no telas de araña en la imaginacion. Asi predicaréis á Jesucristo, y no á vosotros mismos.

No quiere decir esto que prediqueis con desaliño, sin método y sin arte, sino que useis con sobriedad de la elocuencia y sus figuras, sin perder jamas de vista que hablais por la mayor parte á un pueblo rudo, á unos párvulos en la doctrina, cuyos estómagos solo son capaces de digerir la leche de su sencilla substancia. Acomodad no obstante á todos su propio alimento, pero sin orgullo ni vana jactancia de expresiones pomposas y altisonantes, agenas de la cátedra del Espíritu San-

to y del fin de la predicacion , que es la instruccion y conversion de las almas á honra y gloria de Dios. Permitid á mi zelo por la salud espiritual de todos mis hermanos en Jesucristo este pequeño desahogo, mientras ruego al Señor los colme de bendiciones. Amen.

Nota. He puesto por apendix á la Novena un breve discurso polémico sobre las indulgencias , con el fin de preservar á los fieles incautos de las máximas de los luteranos y calvinistas , reproducidas en el dia por los pseudofilósofos y libertinos.

I



NOVENARIO

DEL SEÑOR SAN JOSEF,

Esposo de María Santísima.

PLÁTICA PRIMERA.

Sobre la confianza en Dios.

Nolite amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remuneratorem. Ad Hebr. X. 35.

No querais perder vuestra confianza, que tiene crecido galardón.

SEÑORES:

Asi habló S. Pablo á los hebreos, queriéndolos confirmar en el deseo de aspirar por todos medios á los bienes eternos , sin perder jamas de

to y del fin de la predicacion , que es la instruccion y conversion de las almas á honra y gloria de Dios. Permitid á mi zelo por la salud espiritual de todos mis hermanos en Jesucristo este pequeño desahogo, mientras ruego al Señor los colme de bendiciones. Amen.

Nota. He puesto por apendix á la Novena un breve discurso polémico sobre las indulgencias , con el fin de preservar á los fieles incautos de las máximas de los luteranos y calvinistas , reproducidas en el dia por los pseudofilósofos y libertinos.

I



NOVENARIO

DEL SEÑOR SAN JOSEF,

Esposo de María Santísima.

PLÁTICA PRIMERA.

Sobre la confianza en Dios.

Nolite amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remuneratorem. Ad Hebr. X. 35.

No querais perder vuestra confianza, que tiene crecido galardón.

SEÑORES:

Asi habló S. Pablo á los hebreos, queriéndolos confirmar en el deseo de aspirar por todos medios á los bienes eternos , sin perder jamas de

vista aquella firme esperanza en el Señor, que fundada sobre la fe, y animada de la caridad de Jsucristo, trae consigo grandes premios, pues tiene por recompensa al mismo Dios, que es el sumo de todos los bienes; y con estas mismas palabras no dudo yo alentáros á la confianza en el Señor que venís á pedir esta tarde por la intercesion del glorioso patriarca S. Josef. La materia no puede ser mas importante, pues se trata del negocio de vuestra salud eterna; ni el protector para conseguir esta gracia puede ser mas acreditado para con Dios, siendo Esposo de su verdadera Madre y putativo Padre de Jesucristo. Estadme pues atentos mientras os manifesto la verdadera idea de la confianza cristiana, sus frutos y los medios de conseguirla. Procedamos con la benedicion de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

En materia de confianza en el

Señor hay dos escollos que evitar; el de la desesperacion ó despecho, y el de la presuncion ó temeridad. Uno y otro extremo ya por demasiada confianza, ya por falta de ella, son igualmente viciosos y conducen á la perdicion. Los que se dexan arrastrar de la desesperacion, como Caín y Judas, y los que á imitacion del fariseo del evangelio se lisonjean de una falsa justicia y de una vana seguridad, pecan contra el Espiritu Santo, cuyo crimen es casi moralmente irremisible. Disípemos pues estas tinieblas para conocer la verdadera confianza.

La desesperacion en primer lugar es una injuria atróz contra la piedad del Padre. Este Dios de bondad nos asegura con juramento irrevocable que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane. Añade que en cualquiera hora que el delincuente gima arrepentido de su culpa será oído. ¿No

os acordais de la parábola del hijo pródigo? ¿No salió su padre á recibirlo con los brazos abiertos en el momento que confesó su delito? ¿No le vistió con una estola cándida, símbolo de su gracia? ¿No celebró un gran festin, y le dió un suntuoso banquete por su vuelta?

¿Pero qué mucho? ¿No sabemos por San Juan, *que amó de tal manera Dios al mundo, que dió á su Hijo Unigenito para que todo aquel que cree en él (debidamente) no perezca, sino que tenga vida eterna?* ¿No sabemos por el mismo evangelista *que no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él?* ¿El que no perdonó á su propio Hijo, dice S. Pablo, *sino que lo entregó á la muerte por todos nosotros, cómo no nos donó con él todas las cosas?* Es decir: ¿cómo querrá negarnos la salvación, sin la qual todo nos sería inútil? Confíad pues, pecadores, en la

bondad de vuestro Padre Dios, cuya voluntad de salvaros es sincera. No injurieis, os ruego, su piedad ni la caridad de su Unigénito.

Este, como la fe nos enseña, descendió del cielo sin dexar el seno de su Padre, y por la salud del hombre tomó nuestra humanidad y todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, conversando entre nosotros por espacio de treinta y tres años; nos dió saludables documentos, evangelizó el reino de Dios, curó milagrosamente infinidad de enfermos, resucitó muertos, y puso los primeros y eternos fundamentos de su iglesia, oprimido siempre de trabajos y persecuciones desde su mas tierna infancia, hasta dar la vida por nosotros en un vergonzoso suplicio. Añadid á estas finezas la de haberse quedado sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para fortalecernos contra nuestros enemigos, y hacernos dignos de

su eterno convite. ¿No deberemos concluir de aquí el inmenso amor de Jesucristo al linage humano; la infinita caridad de este médico Omnipotente, *que no vino á curar sanos sino enfermos, ni descendió á llamar justos sino pecadores?* El que desespera pues no hace menor injuria á su infinita caridad que á la liberalidad del Espíritu Santo.

Despues de la Ascension envió Jesucristo sobse su iglesia á este Espíritu Paráclito, Dios de toda consolacion, cuya gracia y dones debian vivificarla con la esperanza de las promesas eternas. El Bautismo, la Penitencia, la Eucaristía con los demas Sacramentos; las gracias que estos producen en el espíritu de los fieles; los auxilios con que frecuentemente los excita, los mueve y los previene, son otros tantos efectos de su liberalidad, otras tantas pruebas de su voluntad sincera de salvarnos, y otros tantos poderosos motivos de

alentar nuestra confianza en el Señor. Desesperar pues de su misericordia es injurioso al Padre, cuya piedad se ofende; al Hijo, cuya sangre y mediacion se desprecia; y al Espíritu Santo, cuya gracia é inspiraciones se arrojan.

Pero en el dia cuesta menos trabajo inspirar la confianza que deterrar la presuncion ó demasiada esperanza, escollo en que naufragan la mayor parte de los cristianos. De los presuntuosos unos son vanos como el fariseo, otros temerarios como los que difieren la penitencia hasta la muerte; crimen abominable, crimen de falsa seguridad, crimen contra el Espíritu Santo, y que de ordinario trae consigo la perdicion eterna. ¡Hombres vanos! preciados de justos; ¿quién de vosotros, os ruego con el santo Job, puede decir: mi corazon está puro, yo estoy limpio de pecado? No sabe el hombre si es digno de amor ó de

odio, dice el eclesiástico; y S. Pablo, aludiendo á esta sentencia, se explica con estas palabras: *nada me arguye mi conciencia; mas no por esto me tengo por justificado, pues el que me juzga y conoce el precio de mis obras es el Señor.* Ofendemos á Dios en muchas cosas, dice S. Basilio, sin que conozcamos la mayor parte de estas ofensas.... Y por esto exclama David: ¿quién conocerá sus delitos? Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos, y perdonadme los ajenos, sin acordaros de los delitos de mi juventud ni de mis ignorancias.... Si dixéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y la verdad no está en nosotros, como S. Juan se explica.

Hombres soberbios, que como otros tantos fariseos confiais en una vana justicia, considerad, os dice S. Bernardo, que luzbél es vuestro xefe, que os dió la primera leccion de presuncion quando dixo:

me sentaré en el monte del testamento, en los ángulos del aquilon; seré semejante al Altísimo. ¡Ah! Si vuestra justicia, segun Jesucristo, no fuere mas abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Á igual exclusion estan expuestos los temerarios, que confiando demasiado, viven en la falsa seguridad de convertirse en la hora de la muerte, como si tuviesen en su mano el tiempo, la gracia y la voluntad de su conversion. Sugiere el diablo la seguridad, dice S. Agustin, para introducir la perdicion. ¿Qué seguridad puede haber cuando la eternidad peligra? ¿En qué fundais esa temeraria confianza, esa imaginaria seguridad? ¿Se os ha dado por ventura caucion de disponer á vuestro arbitrio de los tiempos y momentos que el Padre celestial reservó á su poder? ¿No os ha dado la vida en depósito para pedíroslo segun su beneplácito? Dios,

dice S. Agustin, ha prometido la indulgencia á vuestra conversion; pero no el dia de mañana á vuestras dilaciones. El número de los años es incierto, como se explica el santo Job; y el mismo Juez de vivos y muertos ha revelado que vendrá como un ladron que sorprende cuando menos se piensa.

Con la gracia todo lo podemos, oigo decir á muchos: con ella pudo Saulo de perseguidor de la iglesia convertirse en un momento en vaso de eleccion, y Agustin de maniquéo en doctor de la gracia y luz del santuario. ¿Mas quién no ve set una temeridad esperar su conversion por un milagro? ¿Quién hará penitencia, dice este padre, si Dios no se la concede? Sin la gracia es de fe que no podeis arrepentiros; ¿y quién os ha revelado que la tendreis en aquel momento? El Espíritu Santo la inspira donde quiere, en quien quiere y cuando quiere. Pero no ol-

videis que es una pena justísima del pecado, dice un padre de la iglesia, que pierda el pecador aquel don de que no quiso usar bien.

¡Ah! cuánto debeis temer ser envueltos en la sentencia del Señor en los proverbios: *os llamé, dice, y me desdennasteis; extendí mi mano, y no hubo quien mirase; desechasteis todos mis consejos y despreciaisteis mis reprehensiones. Yo tambien me reiré en vuestra muerte.... Me invocaréis y no os oiré.... porque aborrecisteis las amonestaciones y no recibisteis el temor de Dios....* Es pues muy dudoso tengais tiempo, gracia ni voluntad de convertirlos en aquellos últimos momentos. No digais: con un solo *pequé* seremos trasladados como David de la culpa á la gracia. Faraon dixo, *pequé*; Antíoco dixo, *pequé*; Saul dixo, *pequé*; Judas dixo, *pequé*; y todos estos clamores no fueron otra cosa que principio de un grito eterno. Huid pues de los dos esco-

llos que destruyen la esperanza cristiana; quiero decir, de la desesperacion y de la presuncion con que tanto irritais al Espíritu Santo.

La confianza, señores, comprende la esperanza y el temor; la esperanza de alcanzar las promesas de Jesucristo, apoyados en su misericordia y en su gracia; y el temor de no haber puesto de nuestra parte todo lo que nos pertenece, como cooperadores de nuestra salud por la virtud de sus auxilios. *Amados míos, decia S. Pablo, puesto que siempre fuisteis obedientes, obrad vuestra salud con temor y estremecimiento, desconfiando de vuestras propias fuerzas, y poniendo toda vuestra confianza en el poder y auxilio del Señor, que declara bienaventurado al que siempre está pavoroso.*

Baxo estas reglas invariables se consiguen los abundantes frutos de la confianza en el Señor; y las santas escrituras nos presentan innu-

merables exemplos de esta providencia benéfica de nuestro Dios, asi en lo temporal como en lo espiritual, para con todos aquellos que confian con sumision y rendimiento en su bondad. Noé, confiado en la promesa del Señor, fabrica el arca y salva en ella las reliquias del género humano. Abraham, obediente á la voz de Dios, sale de su tierra, de su casa y familia, se dispone con presteza á sacrificar á su propio hijo, y en premio de su confianza y de su viva fe vino á ser padre de los creyentes, entró en el derecho de la tierra de promision y en la mas estrecha alianza con el unigénito de Dios, que se dignó tomar carne en su familia. Moisés, lleno de confianza en las palabras del Señor, obró los mayores prodigios en Egipto, en el desierto; dividió las aguas del mar Roxo, que dexando pasar á Israel á pie enxuto, envolvieron entre sus olas á Faraon con su caballería y

sus carros. Judith, animada de confianza en el Dios de las misericordias, entra por medio del ejército de los asirios, penetra hasta la tienda de su general Holofernes, le corta la cabeza, hace levantar el sitio de Betulia, y quita el oprobrio de Israel. David, sin mas armas que su honda y cinco piedras, sale en el nombre del Señor contra el soberbio Goliat; le corta la cabeza, y vindica la gloria de su pueblo. Josue, confiado en el Dios de los ejércitos, acomete á los cinco reyes cananeos; y para perseguirlos mas á su salvo manda al sol que se detenga sobre Gabaon, y á la luna que se pare sobre el valle de Ayalon, *obedeciendo el Señor*, dice la escritura, *á la voz de un hombre, y peleando por Israel.* ¿Qué no podría decir de los beneficios que en premio de esta virtud recibieron Isaac, Jacob, Mardoqueo, Ezequías, Daniel, los Macabeos y mu-

chos otros héroes de santidad? ¿En la línea espiritual qué no podría añadir de los frutos de la confianza en el Señor que recibieron los Davides, las Susanas, las Magdalenas, los hijos Pródigos, las Cananeas y las Samaritanas?

Baste reflexar por un momento sobre la admirable confianza del santo Patriarca en ocasion de su huida á Egipto y su incomparable galardón. En el silencio de la noche oye al ángel que le dice: *levántate, toma al Niño y á su Madre, y buye á Egipto, donde estarás hasta nuevo aviso.* ¿Qué sobresalto, qué afliccion para el justo Josef! ¿Pero qué confianza, qué fidelidad, qué rendimiento á las órdenes del cielo! Sin esperar dilaciones, sin proponer la delicadeza del Hijo y de la Madre para tan larga jornada, la falta de provisiones para ella, lo crudo de la estacion, lo intempestivo de la hora, la ignorancia del terreno, el

peligro de caer en manos de sus perseguidores, los demas riesgos é incomodidades del camino, la peregrinacion á tierra estraña por tiempo indefinido; lleno de confianza en el Señor se levanta al punto, y tomando al Hijo de Dios y á su Madre, empieza su carrera con pasos de gigante. Las montañas mas ásperas y encumbradas se suavizan y allanan á vista de su amorosa diligencia y de su firme esperanza en el Dios de sus padres que dirige sus pasos; logrando por este medio ser salvador del mismo Salvador del mundo, libertándole de la crueldad de Herodes. ¿Qué mas? logró ser testigo privilegiado del estremecimiento de Egipto y ruina de sus ídolos á la entrada de este Dios hombre fugitivo, conforme al oráculo de un profeta.

Pero aun cuando no tuviésemos tantos y tan ilustres exemplos que acreditan los abundantes frutos de

proteccion que trae consigo la confianza en Dios, ¿no bastarian los oráculos expresos con que el Señor nos asegura del feliz éxito de todo lo que con sumision fiamos con viva fe á su divina Providencia? Pon en Dios, nos dice por David, todos tus cuidados, y él te sustentará; pues aunque á veces parece dexa fluctuar al justo entre las olas de la persecucion, jamas le olvida, siempre lo sostiene, y al fin le conduce á puerto de seguridad. *De todo tu corazon*, dice el sábio en los proverbios, *has de confiar en el Señor, y no fies de tu prudencia.... Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia*, nos amonesta Jesucristo, *y todo lo demas se os dará por añadidura*; y al paralítico dixo, *ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados.*

Segun esto, podrá decir alguno, ¿bastará confiar en Dios para obtener toda suerte de bienes, asi tem-

porales como espirituales? Pero no palpeis por luz las que son tinieblas. Oid á S. Agustin sobre la materia. La esperanza, dice, anima al que tiene buena conciencia; el que siente el aguijon de la mala se retrae de la esperanza.... Para esperar pues el reino tenga buena conciencia, y para tenerla crea y obre, porque la fe sin obras es muerta, dice Santiago. ¿De qué nos servirá confiar en Dios, que nos ha de alimentar y salvar, si vivimos en ociosidad y en inaccion, ó sin querer dexar el vicio, ni hacer penitencia por nuestros pecados? ¿No seria esto tentar al Señor é injuriar inicua-mente su bondad?

Aprendamos de David á formar una verdadera confianza. Cuando mas perseguido de sus enemigos exclama: *tú eres, Señor, mi esperanza ¿á quién temeré? Tú eres el protector de mi vida ¿de quién temblaré? Aunque acampen exércitos contra mí*

no temerá mi corazon.... Mas advertid cómo se disponia para esperar esta inefable proteccion. Siete veces al dia te he alabado, dice á Dios.... Me he levantado á media noche á darte gracias; de madrugada he meditado en ti: traigo siempre mi pecado delante de mis ojos: las lágrimas me sirven de alimento de dia y noche, cuando diariamente se me dice: ¿dónde está tu Dios? Mis rodillas están debilitadas con el ayuno; con este humillo mi alma y me visto de un cilicio. Pero tú eres mi esperanza, Señor, mi escudo y mi defensa. Hé aqui la verdadera disposicion que debe tener una alma para confiar en Dios y esperar las promesas de su Hijo. Baxo esta salvaguardia, decia el apóstol, todo lo puedo en el que me conforta.... pero castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre.... gloriándome de buena gana en mis tribulaciones.... sabiendo que la tribulacion obra la paciencia, la paciencia la

prueba, la prueba la esperanza, y la esperanza no confunde; porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Animados pues de estas ideas, no perdais la confianza de conseguir las promesas de un Dios que todo es bondad y clemencia. Lejos de vosotros el crimen de la desesperacion injuriosa á la piedad del Padre, á la caridad del Hijo, á la liberalidad del Espíritu Santo. Nunca debeis confiar mas, dice S. Ambrosio, que cuando os faltan todos los recursos humanos. No os dexeis llevar del espíritu de presuncion y de temeridad, apoyados en una falsa justicia, ó en una vana esperanza de tener tiempo, gracia y voluntad para convertirnos cuando querais. Buscad á Dios cuando podais hallarle, invocadle cuando está cerca, y obrad vuestra salud con temor y confianza en aquel Señor siempre fiel y ve-

ráz en sus promesas, que nos asegura quiere la salvacion de todo el género humano, y que no permitirá seamos tentados sobre nuestras fuerzas.

Cooperad, os ruego, á sus ardientes deseos de salvaros, apoyad vuestra confianza en esta base sólida, para recibir el premio y galardón que le está prometido. Humillaos en la tribulacion con el ayuno y el cilicio, que Dios no sabe rehusar las peticiones de un corazón contrito y humillado. Recurrid á Josef, raro exemplar de confianza en el Señor entre sus mayores aflicciones, jefe y protector de sus verdaderos devotos, y lograréis vuestras súplicas cuando vayan dirigidas á honra y gloria de Dios, al bien de vuestras almas y de vuestros hermanos. Decidle llenos de una viva fe:

¡ Santísimo Patriarca! en cuyas manos estuvo tantas veces sostenido el Dios de nuestra salud, alcanzad-

nos una verdadera confianza en sus misericordias, apoyada en su amor y en la caridad con nuestros hermanos; un espíritu de compuncion y de temor á este Señor de magestad, que nos haga detestar las culpas, y temer sus funestas consecuencias; una gracia en fin de perseverancia que nos haga al fin participantes de las eternas promesas de Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

PLÁTICA II.

Sobre la tibieza.

*Scio opera tua; sed quia tepidus es,
et nec frigidus nec calidus, in-
cipiam evomere te ex ore meo.*
Apoc. III.

SEÑORES:

Nada mas frecuente en el mundo que cristianos de solemnidad y de ceremonia. Persuadidos los mas á que pueden servir á dos dueños contra el oráculo de Jesucristo, sin faltar á ciertas prácticas y ejercicios de piedad que prescribe la religion, viven al mismo tiempo adheridos á las máximas del siglo. Por esta vía

nos una verdadera confianza en sus misericordias, apoyada en su amor y en la caridad con nuestros hermanos; un espíritu de compuncion y de temor á este Señor de magestad, que nos haga detestar las culpas, y temer sus funestas consecuencias; una gracia en fin de perseverancia que nos haga al fin participantes de las eternas promesas de Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

PLÁTICA II.

Sobre la tibieza.

*Scio opera tua; sed quia tepidus es,
et nec frigidus nec calidus, in-
cipiam evomere te ex ore meo.*
Apoc. III.

SEÑORES:

Nada mas frecuente en el mundo que cristianos de solemnidad y de ceremonia. Persuadidos los mas á que pueden servir á dos dueños contra el oráculo de Jesucristo, sin faltar á ciertas prácticas y ejercicios de piedad que prescribe la religion, viven al mismo tiempo adheridos á las máximas del siglo. Por esta vía

pretenden unir á Cristo con belial, y conciliar entre sí la luz con las tinieblas. Fascinados con este error grosero, con frecuencia doblan una rodilla á Dios y otra á baal. Alaban al Señor con los labios; pero su corazón está bien lejos de tan digno objeto. Y como Dios es tan celoso de su honra, no admite este amor dividido, que en realidad mas es hipocresía que verdadero culto y homenaje. Nos pide pues un corazón entero, y le causa náusea un cristiano que le sirve con tibieza. Vicio abominable que debemos desterrar de entre nosotros para adorar á Jesucristo en espíritu y verdad. Esta gracia es la que pedimos esta tarde por la intercesion del glorioso patriarca S. Josef, cuyo exemplo debe servirnos de guia para conseguir el fervor de espíritu. Procedamos con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

Para conocer cuánto desagrada á Dios el espíritu de tibieza, basta reflexar por un momento sobre la reprehension hecha por S. Juan en nombre de Jesucristo al obispo de Laodicea: Oid cómo se explica en su apocalipsis. *Escribe al ángel de la iglesia de Laodicea: esto dice el testigo fiel y verdadero, que es el principio de la criatura de Dios: conozco tus obras, y que no eres frio ni caliente: oxalá fueras frio ó caliente: mas porque eres tibio, y ni frio ni caliente, comenzaré á arrojarte de mi boca.* Como si dixera: porque en parte eres malo y en parte bueno; malo ocultamente y bueno en la apariencia, te ensoberbeces y presumes: de consiguiente empiezo á aborrecerte.

La causa de esto es, que habiéndonos el Señor criado para sí, nos pide el corazón sin division alguna en recompensa de habernos entregado el suyo entero. Esta, her-

manos mios, no es una paradoxa, sino un hecho constante en la historia de nuestra religion. Reflexad por un momento sobre su vida mortal, sobre el Calvario y sobre el Cenáculo, y hallaréis acreditada esta verdad. Venida la plenitud del tiempo las nubes llueven al justo; el Verbo de Dios descende de las alturas; y sin dexar el seno de su Eterno Padre toma nuestra naturaleza por obra del Espíritu Santo en el vientre virginal de una doncella, y nace al mundo en un establo, reclinado entre pajas. ¿Quién, os ruego, le reduce á estos abatimientos? su inmenso amor y caridad. ¿Quién le hizo aparecer en forma de siervo y hábito de pecador, desconocido entre los mortales el Dios de inmensa Magestad? su inefable amor al hombre. ¿Quién le hizo sufrir persecuciones, incomodidades y trabajos desde su juventud? su incomparable caridad.

¿Quién le hizo emprender una vida obscura, penitente y laboriosa, transitando por la Judéa, la Galiléa y la Samaria, curando enfermos, sanando ciegos, resucitando muertos y evangelizando el reino de Dios? su amor al género humano.

¿Qué mas? ¿De dónde su paciencia y tolerancia en sufrir los oprobrios, insultos, la persecucion y los tormentos hasta morir en una cruz cubierto de ignominia? de su amante Corazon al hombre. ¿De dónde la institucion del augusto Sacramento y sacrificio de nuestros altares, en que nos dexó su Cuerpo, su Alma, su Divinidad, sus atributos y adorables perfecciones, para servirnos de alimento espiritual, de escudo y defensa hasta la consumacion de los siglos? del incomparable amor de su Corazon al género humano. ¿Qué mas ha podido hacer para acreditar que nos ha entregado su Corazon entero? ¿No es

esto habernos amado como el Padre celestial lo amó, según la expresión del mismo Jesucristo?

¿Y qué es lo que nos exige en recompensa? *Fili, præbe mihi cor tuum.* Hijo, dame tu corazón. *Manete in dilectione mea.* Persevera en mi amor. Amame con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Este es el primero, el principal mandato de la ley. El que ama al mundo ó á alguna criatura mas que á mí, no es mi discípulo, no es digno de mí: á Dios tu Señor adorarás, y solo á él servirás. ¿Y no es este, señores, el fin para que fuimos criados? ¿No es esta la profesión y protesta solemne que hicimos en el santo Bautismo á presencia de los ángeles, y aceptada por Dios en el cielo? ¿No renunciamos de sataná, de las pompas, vanidades y obras de tinieblas? ¿Cómo podrá conciliarse esta estrecha obligación, de cuya observancia pende

vuestra salud eterna, con el espíritu de negligencia y de tibieza que de ordinario os anima?

¡Ah! El perezoso quiere y no quiere, dice el Espíritu Santo: quiere conseguir la vida eterna; mas no quiere emplear los medios que conducen á ella: quiere gozar de Dios y alabarle eternamente en la otra vida; pero en ésta quiere vivir conforme al siglo: quiere reinar perpetuamente con Cristo y con sus santos; pero nada quiere omitir de cuanto conduzca á su comodidad, á su diversion, á lo que se llama razón de estado y moda. ¡Insensatos! ¿Ignorais que el reino de Dios, según el oráculo de Jesucristo, padece violencia, y solo con violencia se arrebatá? ¿Ignorais que las pasiones de este mundo non son dignas de la gloria que el Señor nos tiene prometida? ¿Ignorais que la vida cristiana es una continua lucha, una incesante guerra contra los tres im-

placables enemigos del alma, que nos acometen sin cesar con la vanidad y vicios capitales, y que el demonio, como un leon rugiente, da vueltas continuamente al rededor de nosotros para devorarnos en el primer descuido? ¿Ignorais que no gozará de Cristo el que quiera divertirse con los mundanos, segun la expresion de un padre de los tiempos apostólicos? ¿Juzgais por ventura que á beneficio de ciertas preces sin devocion, sin fervor, sin espíritu de religion, tenéis opcion al reino de los cielos?

¿Hasta cuándo, señores, dormiréis en esta especie de letargo? Yo no hablo aqui con vosotros los que habeis levantado el estandarte del libertinage, abandonados á vuestras pasiones, con desprecio de la religion, de sus ministros é instituciones eclesiásticas. Vosotros por la presente providencia estais excluidos del reino de Dios. Hablo con vos-

otros los que pretendéis unir la luz con las tinieblas, y que Jesucristo haga coalicion con belial: con vosotros, digo, los que á manera de impíos andais en un perpetuo círculo del pecado á la penitencia, de la penitencia al pecado, sin enmienda, sin propósito, sin espíritu de compuncion: con vosotros los que asistis á nuestras solemnidades sin respeto al santuario; ni la debida veneracion á los sagrados misterios que en él se representan: con vosotros los que de mañana asistis al santo Sacrificio como si fuera una diversion de teatro, reservando el resto del dia y gran parte de la noche para los espectáculos, el juego ruinoso y ciertas juntas mundanas, donde como carbones os encendeis unos á otros, ú os ocupais en desacreditar la conducta de vuestros hermanos. Contentos con carecer de estos vicios groseros que os infamarían en la sociedad, vivís tranquilos sin ora-

cion, sin fervor, sin ejercicio de virtudes sólidas, durmiendo con un total descuido sobre el borde del abismo, sin cuidar del único é importante negocio de vuestra salud, que os encargó S. Pablo.

Dios nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, dice este apóstol, para que seamos santos é inmaculados en su presencia. No es pues nuestro destino obra del acaso ú del capricho: es una obra meditada y conducida con arreglo al plan de la Sabiduría eterna. Sellados con el carácter de cristianos é hijos adoptivos de Dios; revestidos con las libreas de Jesucristo y teñidos en su Sangre, somos por eleccion del Señor los ciudadanos del cielo; los herederos de sus promesas eternas, y los hijos del reino, si cumplimos con los deberes que á este fin nos impone la religion; es decir, si trabajamos por ser santos é inmaculados en la presencia de Dios: *elegit nos in Christo*

ante mundi constitutionem, ut essemus sancti, et immaculati in conspectu ejus.

Para cumplir en esta parte con nuestro esencial deber es indispensable que durante nuestra vida avancemos el negocio únicamente importante de nuestra salvacion con la mente, con el corazon y con las obras. Con la mente, porque ninguna cosa es mas digna de meditacion que el estudio de la salud del alma, como se explica S. Ambrosio; pues si ella padece detrimento; de qué utilidad podrá servir al hombre la consecucion de todo el mundo, como dice Jesucristo? Por falta de esta meditacion perece una gran parte de los mortales, para usar de la expresion de un padre de la iglesia; y el santo profeta Jeremias, queriendo denotar la causa de la desolacion del universo, la atribuye á la falta de meditacion sobre el gran negocio de la salud eterna: *desolatione desolata est omnis terra, quia*

nullus est qui recogitet corde.

Ni basta meditar bien tan grande asunto. Es necesario tenga en él parte el corazón, es decir, que sinceramente lo desee, para aprovechar los medios que la religion nos prescribe en orden á su consecucion; porque si estos se abandonan ó se miran con desidia y negligencia, no obtendremos el fin para que Dios nos crió: ¿Sabeis por qué, señores? porque el Espíritu Santo nos ha revelado que no recibirá el galardón el siervo perezoso, ni será coronado sino el que legítimamente peleare. No nos engañemos pues. Dios no será burlado. Sin meditacion, sin deseo verdadero, sin obras no se consigue la vida eterna; obras digo, sólidas, dignas de Dios y permanentes.

A esto alude el Señor cuando nos dice por su profeta: saldrá el hombre á su trabajo y á sus labores hasta la tarde; para darnos á en-

tender que desde que tenemos uso de razon hasta la muerte jamas debemos perder de vista el importante y único negocio de nuestra salud, pues solo será salvo el que perseverare hasta el fin, como dice Jesucristo.

No quiere decir esto que abandonemos absolutamente los negocios temporales. Dios quiere que cada uno se ocupe en sus deberes respectivos, pero sin dexar de atender á su eterna felicidad. Ésta puede conseguirse en todos los estados y situaciones ordenadas por Dios para la subsistencia, régimen y buen orden de la sociedad. Desde el cedro hasta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca hasta el infimo plebeyo, todos son llamados á la admirable luz y doctrina de Jesucristo; todos son convidados á la augusta y magnífica Cena del Cordero que quita los pecados del mundo. Todos podemos gozar de este inefable beneficio.

Registrad los anales de la iglesia, y vereis con edificacion que juntamente con Lázaro pobre, con los Paulos, Antonios, Hilariones y demas héroes de la pobreza evangélica que habitaron sepultados en las entrañas de la tierra, poseen hoy el reino de Dios los Moisés, los Davides, los Mardoqueos, los Abrahanes, las Juditas, las Tsabelas, los Luises, los Fernandos y otros muchos personajes que supieron trabajar por su felicidad eterna entre el tumulto del siglo, en el bullicio de las cortes y en el manejo de los negocios mas árdulos. Y si me preguntais qué medios abrazaron para obtener tanto bien, os diré que desde Abél hasta nuestros días todos los justos lo han sido por la observancia de los mandamientos, que siendo extensivos á todos, son posibles de observar en todas las situaciones ordenadas por Dios, sin que el estado, la condicion ni ge-

rarquia puedan servir de excusa en su divina presencia. Animados de estos sentimientos, que son los de la moral de Jesucristo, supieron ser humildes en la prosperidad, pacientes en la tribulacion, misericordiosos con el pobre, benéficos á la sociedad, protectores del huérfano y de la viuda, amantes de la justicia, pobres de espíritu, aplicados al santuario y á las obras de piedad; de una vez: supieron amar á Dios con toda su mente y sus potencias, y á todos sus hermanos en Dios, por Dios y para Dios. Las ocupaciones del estado jamas les impidieron los deberes esenciales de la religion; es decir, el amor al Señor, la gratitud á sus beneficios, el fervor en su obsequio y los oficios de caridad. Ni hay otro medio de salvarse un adulto. El desidioso, el tibio, el perezoso en estos deberes esenciales es arrojado de la boca del Señor, que maldixo por

David al que exerce la obra de Dios ó de su salvacion con negligencia, y al que declina de sus mandamientos. Y para que no podamos alegar excusa en el dia de la ira nos presenta innumerables exemplares y modelos de fervor en su obsequio en la conducta de sus santos.

Entre otros fue muy singular y digna de imitacion la del santo patriarca Josef, cuya preciosa vida nos presenta un problema, en que no se sabe qué cosa sea mas digna de admiracion, si los singulares beneficios, dignidades y dones con que el Señor lo dotó, ó la fidelidad con que correspondió á sus gracias y á su ministerio. Eligióle entre muchos para esposo de Maria, la mas pura y mas santa de todas las criaturas; para padre putativo de Jesucristo, su tutor y defensor; para gefe de la casa de Dios sobre la tierra; para nutricio de Hijo y Madre: ¡qué elevacion! ¡qué alteza! ¡qué dignidad!

Pero al mismo tiempo ¡qué sumision! ¡qué humildad! ¡qué desprecio de sí mismo! ¡qué veneracion! ¡qué respeto! ¡qué amor al Verbo de Dios y á su santísima Madre! ¡Qué solitud en su obsequio, pretendiendo servirlos de rodillas! ¡qué afán en trabajar porque nada les faltase del sustento y la comodidad! ¡qué altísima contemplacion en los misterios y misericordias del Señor! ¡qué fervor en darle gracias y exhalar en su presencia su amante corazon! Mientras durare la memoria de los siglos y los fastos de la religion será digna de nuestra imitacion la conducta de este santo Patriarca, protector de la iglesia y de sus devotos.

Grabad ¡ó mi Dios! estas ideas en el ánimo de todos los mortales, para que en tiempo os conozcan y os amen de todo corazon en espíritu y verdad. Encended, Señor, en nuestras almas aquel fuego divino que viniste á traer al mundo con

el fin que ardiésemos todos en vuestro amor y caridad. Esta gracia os pedimos rendidos por la poderosa intercesion del gloriosísimo Patriarca vuestro putativo padre. Sirvan sus méritos y el fervor con que os amó de estímulo á vuestra clemencia para concedernos este beneficio, este don que no merecemos. Por este medio esperamos servirlos dignamente en vida, y alabaros por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



PLÁTICA III.

Sobre la devocion á María santísima.

Qui elucidant me vitam æternam habebunt. Eccli. XXIV.

SEÑORES:

Un culto que justifican las decisiones de la fe católica y la práctica de la iglesia en todos los siglos; una devocion que nos prepara las mayores ventajas en orden á la salud espiritual, y que nos concilia la mas alta y benéfica proteccion para obtener la gracia y dones de Jesucristo, es un culto sólido, libre

Tomo XIV.

D

el fin que ardiésemos todos en vuestro amor y caridad. Esta gracia os pedimos rendidos por la poderosa intercesion del gloriosísimo Patriarca vuestro putativo padre. Sirvan sus méritos y el fervor con que os amó de estímulo á vuestra clemencia para concedernos este beneficio, este don que no merecemos. Por este medio esperamos servirlos dignamente en vida, y alabaros por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

PLÁTICA III.

Sobre la devocion á María santísima.

Qui elucidant me vitam æternam habebunt. Eccli. XXIV.

SEÑORES:

Un culto que justifican las decisiones de la fe católica y la práctica de la iglesia en todos los siglos; una devocion que nos prepara las mayores ventajas en orden á la salud espiritual, y que nos concilia la mas alta y benéfica proteccion para obtener la gracia y dones de Jesucristo, es un culto sólido, libre

Tomo XIV.

D

de toda supersticion y fanatismo, y que bien dirigido no solo es digno de Dios y de su Madre, sino de sumo interes para nosotros, como gage de la vida eterna. Tal es, señores, la devocion á María santísima, verdadera Madre del Verbo eterno, y que nos adoptó por sus hijos sobre el monte Calvario. Títulos augustos é inefables, que al paso que la elevan á la mas alta dignidad que pudo obtener una pura criatura, nos aseguran la mayor, la mas benéfica proteccion. Y hé aqui la gracia que esta tarde pedimos á Dios por la poderosa intercesion del santo Patriarca, cuyo exemplo deberá servirnos de modelo. Procedamos con la bendicion del Señor.

Entre todas las devociones á los santos ninguna mas conforme á los principios de la religion que la devocion á María. Y si me preguntáis cuáles son estos principios, os pondré uno solo, que es origen de

muchos. María es Madre de Dios. La iglesia lo declaró así contra Nestorio en el concilio general de Éfeso. ¡Qué alteza! ¡qué dignidad! María Madre de Dios, porque lo fue de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, y Dios el mismo por toda la eternidad. ¿Quién es capaz de medir la elevacion y profundidad de este principio de religion, de este origen de la exáltacion de María? Solo vos, Señor, que sondáis los abismos. Yo no me acercaré á ser curioso investigador de vuestra magestad para no ser oprimido de tanta gloria. Tiraré únicamente de este principio algunas consecuencias capaces de estimular á los fieles al culto de vuestra Madre.

María Madre de Dios. ¿Quién no descubre ya este promontorio de luz, elevándose sobre los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, serafines, querubines, potestades; de una vez: sobre todo lo que no es

Dios? Los espíritus celestiales son los ministros del Altísimo: María, mas privilegiada, es elegida para llevarle en su seno virginal, y alimentarle á sus pechos fecundizados por el cielo.

María Madre de Dios: ella nos dió á luz á nuestro libertador; de su sangre fue formada aquella Sangre preciosísima que por nuestra salud derramó sobre el Calvario. Á María debemos esta víctima, ¿cómo la rehusaremos el culto? Ella contribuyó de consiguiente á nuestra redención, ¿cómo la negaremos el amor? Esta generosa hija de Abraham hubiera en caso necesario sacrificado al verdadero Isaac, dice S. Ambrosio: ¿cómo podremos mirarla con indiferencia? ¿Cuál sería en esta hipótesis nuestra gratitud y reconocimiento?

María Madre de Dios, templo augusto del Espíritu Santo, donde habita el Señor con complacencia, y

donde Dios, que es la pureza misma y la santidad por esencia, tomó nuestra naturaleza para obrar nuestra redención eterna. Dignidad incomparable de María, que la hizo participar en cierto modo de los derechos que el Padre celestial tiene sobre su Unigénito. En efecto, si el Padre lo engendró de su propia substancia, María lo concibió de su misma naturaleza; si el Padre lo engendra de un modo inefable, María le concibe de un modo milagroso; si el Padre lo engendra por el conocimiento de su grandeza y excelencia, María lo concibe por la humilde confesión de su nada; si el Padre le dice: tú eres mi Hijo muy amado, á quien he engendrado hoy antes del astro de la mañana en el esplendor de los santos, María con verdad puede decirle: tú eres mi verdadero hijo, á quien por obra del Espíritu Santo engendré en la plenitud del tiempo.

María Madre de Dios; baxo cuyo augusto título exerce cierta especie de imperio sobre Jesucristo. No os escandaliceis, señores, de esta expresion. Yo nada digo que pueda desaprobá la mas austera teología. Hablo despues del evangelio. ¿Quién ignora que Jesucristo estaba sujeto á María y á Josef sobre la tierra, *et erat subditus illis*? ¡Incrédulos! enemigos declarados de María y de los santos, que á cubierto de una mordáz ó insensata crítica pretendéis ocultar vuestra irreligion, y destronar si posible fuera á la Madre de Dios, venid, temerarios, responded á este oráculo: ¿osaréis por ventura combatir una autoridad que todo un Dios no dudó reconocer? ¿Rehusais vivir baxo el imperio de la mas feliz de todas las criaturas, á cuya voz se sujetó el mismo Dios? Si renunciáis de la Madre, renunciad tambien del Hijo. Id, llenad la medida de vuestros

padres; ella os conducirá al abismo entretanto que nosotros la veneramos por Madre de Dios y por superior en mérito á todos los santos.

La fe nos enseña que es lícito y útil honrarlos. Aun cuando la escritura y la tradicion no lo dixeran, la misma razon lo asegura. ¿No tributamos á los príncipes sobre el trono sus respetos legítimos, aun cuando su sólio no sea mas que una ceniza brillante, y ellos unos pomposos nada delante de Dios? ¿Por qué será reprehensible, como dice un sabio, tributar homenages á los príncipes de la celestial Jerusalén? ¿Á unos personajes inmortales, sentados sobre tronos incorruptibles? El mismo Dios los glorifica con magnificencia, dice David; á su voz trastorna la naturaleza, suspende las tempestades, abre y cierra los cielos. ¿Su exemplo no autoriza el nuestro? Lo que el Señor ha hecho á

favor de ellos por misericordia, ¿no justifica lo que nosotros hacemos á este respecto por gratitud y por religion?

Y si es justo honrar á los santos, ¿con cuánta mas razon deberémos honrar á la que segun la iglesia es Reina de todos? ¡Qué diferencia tan notable entre ella y ellos! Los santos fueron concebidos en pecado: si Jeremias y el Bautista fueron santificados en el vientre de sus madres, no por esto dexaron de contraer el pecado de origen. Vos sola ¡ó santa Madre de Dios! fuiste privilegiada: vos sola entre las criaturas fuiste exenta de la culpa original, recibiendo por primicias dignidades ilustres, union con Dios, potestad sobre el infierno, autoridad en el cielo, plenitud de gracia.

¿Qué mas? todos los santos en el discurso de su vida cometieron alguna falta; pero María, como la fe nos enseña, en el largo espacio

de su vida no cometió defecto alguno, ninguna mentira officiosa, ninguna detraction, ninguna palabra inútil, ninguna pérdida de tiempo, ni la mas levè resistencia á la gracia. En una tan larga série de setenta y dos años todos los días, todas las horas, todos los momentos fueron llenos y agradables á Dios. Su pureza, su amor, su caridad fue siempre superior á la de todos los santos. ¿Cómo podrémos pues rehusarle el culto que á estos no negamos? Superior á toda criatura en mérito, en gracia, en gloria, y solo inferior á Dios, que la eligió para Madre, ¿no la venerarémos sobre la tierra para obtener por su patrocinio la bienaventuranza?

¡Ah señores! formemos ideas mas justas de su valimiento para con Jesucristo y de su amor al género humano. Como Dios es la bondad por naturaleza, adorablemente ingenioso por la salud del hombre, dispuso

que sus mayores amigos le sirviesen de protectores para obtener sus misericordias. Siendo pues María la mas inmediata al Señor por su maternidad y santidad, la eligió desde luego por Reina del cielo y de la tierra, para alegría de los justos y refugio de los pecadores. En efecto, desde que la antigua serpiente engañó á nuestros primeros padres, y en ellos á todos nosotros, fue amenazada por el Altísimo con el poder de una muger que quebrantaria su cabeza. Formóla desde luego como un terrible ejército en orden de batalla: comparóla á su caballería contra los carros de Faraon, haciéndonos traer á la memoria, dice S. Gregorio, el ministerio de sus santos ángeles en el castigo de los egipcios; dióla en fin un poder sin límites, haciéndola superior á todo lo que no es Dios. Ella es la muger verdaderamente fuerte, que dificultaba hallar el sábio; y en el sentir

de los padres de la iglesia es en cierto modo principio de la salud, árbol de la vida, puerta del cielo, redentora con el Redentor, mediadora con el Mediador, víctima con el Cordero sin mancha, y torre fortísima de David, de donde penden mil inexpugnables escudos para prevalecer del furor del dragon infernal.

¿Pondero yo, señores? ¡Ah! ¿No triunfa ella diariamente del demonio, cuyo poder no hallaba Job con quién poderlo comparar sobre la tierra? ¿No triunfa, repito, de él con mas fortaleza que Judith de Olofernes, que Estér de Amán, que Jaél de Sisara, que Tebites de Abimelech, y que de Seba la muger de Abela? ¿No ha trastornado ella, dice Eutimio, las aras de los ídolos y los templos del gentilismo, haciendo cesar en sus altares la efusion de sangre humana? ¿No ha exterminado todas las heregias, co-

mo la iglesia canta? ¿No ha castigado con último suplicio á los enemigos de su honor y de su culto? Aquí la lengua blasfema de Nestorio es roida de gusanos por haberse opuesto á su augusta cualidad de Madre de Dios: allí arroja el infame Arrio las entrañas por haber negado la Divinidad de su Unigénito: aquí el impío Coprónimo se abrasa con un fuego infernal por haber blasfemado contra su culto y honor virginal: allí el pérfido Juliano es penetrado de una saeta por haber calumniado su pureza: aquí.... ¿Mas para qué me canso y os molesto?

¿No es cierto que Dios la hizo superior á todas las criaturas? ¿Quién podrá resistir á su poder? ¿O qué no podrá obtener á favor de sus hijos adoptivos? No diré yo por una mal entendida piedad, que tiene autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha reprobado su Unigénito. Esto sería

en vez de elogio de su poder una atróz injuria contra Jesucristo y contra su Madre. Pero sí diré que puede conseguir lo que no pudo Abraham; esto es, el perdon de una ciudad sacrílega: sí diré que puede contener mejor que Moisés la ira del Señor contra un pueblo idólatra: sí diré que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onías y Jeremías á Judas Macabéo: sí diré con toda la iglesia que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce por su Madre á María, y que inclinado á las súplicas de esta augusta medianera, la dice como Salomon á Betsabé: pide, Madre mia, que no me es permitido rehusar tus peticiones: yo pondré donde os agrade mis ojos de misericordia; á vuestras oraciones templaré mi cólera, cerraré los abismos, encadenaré al demonio. Sé tú el refugio de los pecadores, la fortaleza de los flacos, la protectora

de los pueblos, y la reconciliacion para el dia de la ira.

¿Pero qué digo? Aun cuando con un silencio infiel quisiese yo ocultar su altísima proteccion y sus continuos beneficios al género humano, ¿no es cierto que los templos consagrados á Dios en honor de su Madre son como el arca del antiguo testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales para todos los que de corazon la invocan, y un remedio universal de sus aflicciones? ¿Quién, os ruego, ha estimulado á los reyes á poner baxo su proteccion su tropa y sus estados? el carácter benéfico de María. ¿Quién, repito, estimula al guerrero á invocarla en los combates, al marinerero en la borrasca, al viagero en el peligro, al pobre en la miseria, al moribundo en la agonía? el carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al pecador á implorar su

augusto nombre? el carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al justo á buscar su proteccion para obtener el don de la perseverancia? el carácter benéfico de María. ¿De dónde en fin dimanan como de asilo todas las gracias concedidas al pueblo cristiano y el remedio de sus necesidades? del carácter benéfico y poderosa intercesion de María. ¿Qué cuerpo ya civil, ya literario, ya militar, ya eclesiástico no ha experimentado su augusta proteccion? Los terremotos, las pestes, las hambres y las guerras nos hubieran ya devorado en castigo de nuestras culpas si no fuera por la predileccion con que Dios nos mira por la intercesion y mediacion de su Madre, que nos cubre aún con su manto. ¿Con cuánta razon pues, con cuánta justicia no deberémos dar culto y venerar á una Madre de Dios y nuestra tan poderosa y tan benéfica?

El ejemplo del santo Patriarca nos debe servir de estímulo y de norma para que nuestro culto y devoción á María sea legítima y fructuosa. Penetrado Josef del espíritu de la religion, servia, obsequiaba y amaba con ternura á su Esposa, imitándola con fidelidad, en lo cual consiste su verdadero culto y el capital de nuestra devoción. Su paciencia, su humildad, su amor á Jesucristo, su conformidad y resignación en la voluntad del Altísimo servian de modelo de imitación al santo Patriarca. ¡Qué conatos por servirla de rodillas al considerar su inefable dignidad de Madre del Omnipotente! ¡Qué dulzura, qué suavidad, qué rendimiento en el trato familiar con Hijo y Madre! ¡Qué solicitud en apartarlos de los peligros y ganarles el sustento! ¡Qué pureza, qué altísima contemplación, qué acciones de gracias, al considerar los adorables misterios que el

Señor habia obrado en ella! Su vida toda, puede decirse, fue un continuado ejercicio de las virtudes mas sublimes, para imitar con fidelidad á Jesucristo y á María. Este es, señores, el espíritu de su verdadera devoción y el carácter ingenuo de su culto.

Conducidos por estos principios, tened una entera confianza en la protección de María. Invocadla, no puramente con los labios, sino con un corazón contrito y humillado, que vosotros obtendréis la vida eterna. Si conoceis, dice S. Bernardo, que fluctuáis en el mar tempestuoso de este siglo, fixad la vista en el norte de María. Si los vientos de las tentaciones se enfurecen, si tropezais con escollos de tribulaciones, recurrid á María. Si os turba la gravedad de vuestros delitos, si os confunde el horror de vuestra conciencia y el terror del juicio, buscad vuestro refugio en María. En los

peligros, en las angustias invocad á María. No falte de vuestros labios, no se aparte de vuestro corazón; imitad el exemplo del santo Patriarca, y conseguiréis la vida eterna, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

PLÁTICA IV.

Sobre la Oracion fructuosa.

Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. Luc. XXII.

Velad y orad, para no caer en la tentacion.

SEÑORES:

Estas notables palabras, intimadas por Jesucristo á sus apóstoles y en ellos á todos nosotros, no nos permiten dudar del gran precepto de la oracion para salvarse. Consiste en elevar la mente á Dios y en alabarle dignamente: divídese en men-

peligros, en las angustias invocad á María. No falte de vuestros labios, no se aparte de vuestro corazón; imitad el exemplo del santo Patriarca, y conseguiréis la vida eterna, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

PLÁTICA IV.

Sobre la Oracion fructuosa.

Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. Luc. XXII.

Velad y orad, para no caer en la tentacion.

SEÑORES:

Estas notables palabras, intimadas por Jesucristo á sus apóstoles y en ellos á todos nosotros, no nos permiten dudar del gran precepto de la oracion para salvarse. Consiste en elevar la mente á Dios y en alabarle dignamente: divídese en men-

tal y vocal. La mental, según los místicos, es un coloquio con Dios, y contiene seis partes; á saber, preparación, lección, meditación, acción de gracias, ofrecimiento y petición. La vocal consiste en ciertas preces que explican el deseo sincero de alabar al Señor y de pedirle auxilios para no ofenderle. La principal de estas preces es el *Padre nuestro*, norma que nos dió Jesucristo para orar. El exácto cumplimiento de este riguroso precepto de nuestra moral es la gracia que pedimos á Dios esta tarde por la poderosa intercesión de nuestro santo Patriarca, la que conseguiremos imitándole. Procedamos á ilustrar una materia tan interesante con la bendición de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

Un alma sin oracion es un caballo sin freno, una nave sin piloto, una ciudad sin muros, expuesta al precipicio é invasion de sus enemi-

gos. Es pues indispensable orar á todo fiel cristiano que desea salvarse. Jesucristo en efecto nos manda velar y hacer oracion para no caer en la tentacion como flacos. Mas como esto no puede verificarse sin la gracia, nos intima se la pidamos para concedernosla. Este precepto nos pone á la vista nuestra dependencia del supremo Autor de todo bien, y nuestra esencial indigencia. Ésta nos obliga á honrarle en espíritu y verdad, y á esperarle todo de su infinita liberalidad. Como su naturaleza, dice S. Agustin, es la bondad por esencia, y por naturaleza la comunicacion del beneficio, siempre está pronto á concedernos su auxilio, sin el cual nada podemos, ni aun invocar á Jesus según el apóstol; pero ha determinado que se lo pidamos, para no darlo sin discernimiento á los que no lo desean: *non dat nisi petenti, ne det non cupienti.*

Es verdad, dice un sabio prelado, que es propio de su magnífica piedad conceder á veces auxilios que no le piden, y bienes tambien de esta especie, como la vocacion á la fe, y ciertas conversiones, como la del buen Ladron, la de Pablo y otras semejantes, para ostentacion de su misericordia: *alia dat non orantibus*. Pero en órden á las demas gracias, que consisten en hacernos practicar lo que creemos, no las da comunmente sin pedir las: *alia non nisi orantibus*. Los mandatos de Dios, dice S. Juan, no son imposibles ni graves: *mandata ejus gravia non sunt*. Son al contrario fáciles de cumplir á todo el que con viva fe le invoca y pone en él su confianza. Para éste es suave el yugo de la religion y leve su peso: *jugum enim meum suave est, et onus meum leve*.

El exemplo de la Cananea nos manifiesta la facilidad de observar

este precepto y el feliz resultado de su cumplimiento. Vino el Salvador, dice San Marcos, á los confines de Tiro y de Sidon, y habiendo entrado sin querer ser visto en una casa no pudo ocultarse. La Cananea supo dónde estaba; halló medio de entrar en la casa y postróse á los pies del Salvador. ¿De dónde un tal privilegio? De su venida á orar, responde el Crisóstomo, porque es gage de la oracion hallar la puerta franca. Los gentiles y judíos la hallaron cerrada, porque los conducia la curiosidad ó la malicia; pero esta muger llena de fe halla la entrada fácil, y obtiene al punto su pretension. De aquí se infiere que siempre que queramos buscar á Dios en la oracion hallaremos francas las puertas de su misericordia. El mismo Jesucristo nos solicita para ello con la mayor ternura. *Pedid*, nos dice, *y recibiréis: todo el que pide recibe; el que busca*

halla; al que llama á la puerta se le abre.... Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre, pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo y perfecto.

¡Qué oráculos, señores, qué convenciones tan enérgicas! ¡Qué abismo de misericordia de un Dios amante de nuestras almas! ¿Qué excusa podrémos alegar en su presencia de no haber aprovechado en tiempo un medio tan fácil de obtener sus piedades? Para conseguir las gracias de los Soberanos de la tierra hay de ordinario que viajar á las cortes ó entablar nuestras solicitudes en ellas. Mas para conseguir los dones del Rey de la gloria no es necesario ir á su corte. *Mi reino*, dice Jesucristo, *está dentro de vosotros*. No es menester pues ser trasladados al tercer cielo como S. Pablo para recibir los beneficios de Dios. No es menester viajar al Oriente, al Occidente, al Aquilon ó al

Mediodia para pedir auxilios al Señor. Aun sin ir á los templos, cuando razones legítimas lo impiden, podemos desempeñar este esencial deber de la religion. Traigamos á la memoria que regenerados en Jesucristo por el sacro Bautismo, somos templos vivos del Espíritu Santo, y que cada uno podemos ser una casa de oracion donde sea Dios adorado en espíritu y verdad en todos tiempos y en todos lugares; pues en nosotros mismos, como David se explica, tenemos la oracion que podemos dirigir al Dios de nuestra vida: *apud me oratio Deo vitæ meæ*. A esto alude el Señor cuando nos manda orar sin intermision: *sine intermissione orate*. Es verdad, dice San Agustin, que no podemos estar siempre con el cuerpo humillado ni con las manos elevadas; pero podemos y debemos referir á Dios todas nuestras obras, nuestros pensamientos y deseos. Asi lo ordenó S. Pablo en

su primera carta á los corintios: *quando comais, les dixo, quando bebais ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á honra y gloria de Dios.* Asi presidirá el Señor en todas vuestras acciones, y le serán aceptas. Ved pues cuán fácil es orar.

Añadid á esto la infalible promesa de Jesucristo de acceder á vuestra petición. Rico en misericordias para todos los que lo invocan, á todos oye sin distincion entre el griego y el judío, como se explica el apóstol. Por manera, que es imposible orar bien y no ser oidos. Dios, fiel en todas sus palabras, lo asegura. *Pedid, nos dice, y se os dará, porque todo el que pide recibe.* *Todo lo que pidiereis en la oracion lo obtendréis si lo pedis con fe.* ¿Quién podrá pues dudar del suceso infalible de la oracion despues de oráculos tan expresos?

Mas nosotros pedimos, oigo de-

cir á algunos, y no conseguimos. ¿Dónde está la infalibilidad de esta promesa? Ah! oid, racionadores importunos. Cuando no obteneis lo que pedis, no es por defecto de la oracion en sí misma, sino porque orais mal. *Pedis y no conseguis, dice Santiago, porque pedis mal; petitis, et non accipitis, eo quòd malè petatis.* Pedid en el nombre de Jesucristo, como os lo dice él mismo; pedid lo que convenga á su honra y gloria y bien de vuestra alma; pedid con recitud y pureza de corazon, como S. Juan os intima. Baxo estas condiciones conseguireis lo que pidais, y vuestra firmeza de fe será capáz de trasladar los montes.

Pero si lo que pedis se dirige á la satisfaccion de vuestros placeres y pasiones favoritas; si pedis con frialdad, desconfiando de la divina Providencia; si orais adheridos á las máximas del mundo réprobo, sin querer dexar las sendas de la iniqui-

dad para entrar en las de la justificación; si os falta la pureza de intención y el deseo sincero de abandonar los vicios y ocasiones peligrosas, despreciando los mandatos de Dios; si le honrais solo con los labios, teniendo el corazón lejos del Señor y adherido á los intereses de un siglo corrompido; si pretendéis con vuestra oración unir la luz con las tinieblas ó á Cristo con belial, sin renunciar del cuerpo del pecado; si en lugar de imitar al publicano os presentáis delante del Señor orando como el fariseo, ¿cuál esperáis sea el suceso de vuestras peticiones? ¡Ah! vuestra oración en esta hipótesis será como la de Caín, la de Saúl ó la de Antíoco, abominación delante de Dios, y acaso acaso un sello de reprobación por el dolo y fraude de vuestro espíritu en practicar las obras del Señor.

¿Cuándo volveréis vosotros, siglos religiosos, en que á todos los

fieles animaba un mismo corazón y una misma alma? Vosotros sois ya pasados, días felices, cuando penetrados de un espíritu de compunción, de humildad, de respeto á Dios y de confianza en sus promesas, levantaban los cristianos sus manos puras al Señor para obtener sus misericordias. ¡Qué hermosas eran entonces las tiendas de Jacob! ¡cuán amables los tabernáculos del Dios de las virtudes! No puede leerse sin moción de espíritu lo que escribía S. Basilio á los eclesiásticos de Neocesarea, instruyéndolos en las prácticas religiosas de la iglesia oriental; lo que dice S. Atanasio hablando de S. Antonio Abad y sus discípulos en el Egipto; y lo que los padres latinos nos dicen sobre la materia. Consta de sus testimonios que los fieles así de Oriente como de Occidente oraban de día y noche: por manera, que su vida era una oración continua, por el de-

seo ardiente que tenían de unirse á Dios por amor y caridad, y de obrar siempre conformes á su divina voluntad. Pero en el transcurso de los siglos, resfriada la caridad, la iniquidad abunda por falta de oracion y de fervor en ella. Orad pues con fe viva; y baxo esta condición indispensable será siempre fructuosa, porque el Señor, que no sabe despreciar un corazón contrito y humillado, así nos lo tiene prometido, y antes faltaria el cielo y la tierra que el cumplimiento de su divina palabra.

¿Qué de exemplos de esta verdad no nos presenta la historia de nuestra religion? Pidió Moisés, y se dividieron las aguas del mar Rojo, dando paso franco y enxuto al pueblo de Israel: pidieron los jóvenes del horno de Babilonia, y salieron sin lesion de entre las llamas alabando y bendiciendo al Señor: oró Josué, y detuvo al sol en su car-

rera para tener tiempo de concluir la derrota de Amalech. Oró el profeta Elías y siempre con suceso. Pidieron Mardoqueo y Judith, triunfaron de Amán y de Olofernes, y obtuvieron la libertad de su pueblo: pidió Daniel, y salió libre del lago de los leones: pidieron David, Manasés y el publicano, y consiguieron el perdon de sus crímenes. ¿Por qué no conseguiremos nosotros si oramos en espíritu y verdad, penetrados de humildad, de viva fe y de confianza en las bondades del Señor? ¿Está por ventura coartada su mano? ¿Se ha disminuido con el tiempo su misericordia? ¿O ha olvidado sus antiguas piedades? Ah! no es Dios mudable como el hombre. Pedidle con espíritu de religion lo que mas conduzca á su mayor honra y gloria, al bien vuestro y de vuestros hermanos, y estad seguros de conseguirlo.

El exemplo del santo Patriarca

os debe servir de estímulo y de norma para ello. Destinado por Dios desde la eternidad para gefe y conductor de su familia sobre la tierra, pedia al Señor con instancia las luces necesarias para el desempeño de tan alto ministerio. Penetrado de aquella humildad que veía resplandecer en el Unigénito de Dios y de su santa Madre, postraba su corazón en su presencia, exhalaba su alma en amorosos éxtasis, exclamaba lleno de ardor con el profeta: Dios mio y todas las cosas, mi fortaleza y único objeto de mis alabanzas, hacedme digno y fiel ministro de vuestras eternas voluntades, para que acierte á emplearme únicamente en vuestro obsequio y en el de vuestra santísima Madre. Yo, Señor, alabaré siempre vuestra infinita misericordia sobre este siervo inútil: cread en mí un corazón nuevo y un espíritu recto para saber amaros y serviros en vida, y gozaros

en la eternidad. Con estas ó semejantes expresiones oraba continuamente al Padre de las misericordias, y obtenía los admirables efectos de su perfecta union con Dios. En sus tribulaciones, en sus gozos, en sus trabajos y peregrinaciones, de día y de noche era este siempre el idioma de su fervoroso corazón: digno por tanto de la altísima dignidad á que Dios lo elevó de fiel Esposo de su Madre, de la veneración de la iglesia universal, de protector especial de ella, y de que todos le imitemos en su oración y en sus obras, para que adorando al Señor debidamente, le gocemos en la bienaventuranza. Amen. DIXE.

PLÁTICA V.

Sobre la Humildad.

Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde. Matth. XI. 29.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.

SEÑORES:

Por la soberbia entró el pecado en el mundo, cuya universal ruina reparó Jesucristo á fuerza de humillaciones. Luzbél, principio de los caminos de Dios, rehusó adorar al Salvador, que para el efecto le fue representado en especie, con man-

dato expreso de que todos los ángeles le adorasen: *et adorent. eum omnes angeli ejus.* Pero rebelde y lleno de orgullo, no solo no obedió el precepto del Altísimo, sino que exclamó en su corazon ingrato: subiré al cielo, sobre los astros de Dios exáltaré mi solio, me sentaré sobre el monte del testamento.... me elevaré sobre las nubes, seré semejante al Altísimo. Al instante fue arrojado por su soberbia este dragon infernal al abismo. Mas no satisfecho de haber enredado con su mal exemplo á su cola una gran multitud de estrellas ó ángeles sus secuaces, que con él se precipitaron, concibió desde aquel momento un odio implacable contra el linage humano, á quien vió exáltado sobre los cielos en persona de Jesucristo. Vió á nuestros primeros padres adornados de gracia y justicia original, y formó el designio de perderlos, como si su caída sirviese de algun

alivio á su eterna ruina. Transformóse en serpiente, y acercándose á la muger, sexó fácil de engañar, difícil de desengañar, y á propósito para engañar, le sugirió comiese de la fruta del árbol que el Señor les habia prohibido, prometiéndoles serian como dioses. Comió Eva y seduxo á Adán, que tambien comió de la fruta prohibida, y cayeron ambos de la gracia del Señor, llenos de orgullo y de amor propio. De aquí nuestro pecado de origen y nuestra infelicidad. Para reparar esta ruina, dimanada de la soberbia, vino al mundo el Verbo Eterno, tomó nuestra humanidad baxo el hábito humilde de pecador, para enseñarnos á vencer este enemigo original y capital de la soberbia por su contrario la humildad, virtud sin la cual no podemos ser salvos. Yo no haré mas que presentaros brevemente los justos motivos que tenemos para humillarnos, á imitacion

del santo Patriarca, y los apreciables frutos de la humildad, para que conozcais en esta parte una de vuestras esenciales obligaciones y de mayor interes para vosotros. Procedamos con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

Si entramos por un momento en nosotros mismos á considerar lo que somos, ya sea con respecto al cuerpo, ó ya por parte del alma, ¿qué poderosos motivos de humildad no nos ponen á la vista estos dos objetos? Un cuerpo formado en su origen de barro, hijo en el dia de la corrupcion, sujeto á ella, que ha de ser entregado por la separacion del alma á un ejército de gusanos, y que ha de convertirse en polvo y en ceniza, ¿qué sér tan despreciable! Un cuerpo que aun en vida nunca permanece en su estado, sujeto á la hambre, á las necesidades, al sueño, á las enfer-

medades y peligros; un cuerpo que de sí solo produce fetidéz, insectos asquerosos é incómodos, excrementos y salivas inmundas, granos pestilentes, excrecencias y tubérculos, ¡qué desengaño! ¡qué ridícula, qué miserable perspectiva! Con alusión á ella nos reconviene el Espíritu Santo cuando dice: ¿porqué te ensoberbeces siendo tierra y ceniza? *¿quid superbit terra et cinis?* Acordaos, mortales, que sois polvo, y que en él os habeis de convertir. *Memento quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Ni tenemos menos motivo de humillarnos por lo que pertenece al alma. Es verdad que es una imagen de Dios, capaz de ver á Dios y criada para gozar de Dios. ¿Mas quién ignora que en el momento de unirse al cuerpo para darle vida contrae la culpa original que heredamos de nuestros primeros padres? ¿Quién ignora que en el mis-

mo acto quedamos hijos de ira, enemigos de Dios, adictos á una muerte y á una pena eterna? Con este miserable anatema aparecemos sobre la tierra. Es verdad que Jesucristo borró con su preciosa Sangre este terrible decreto, y que por medio del sacro Bautismo, sacramento de nuestra regeneracion espiritual, nos adoptó por hijos, nos reconcilió con el Padre, nos hizo templos vivos del Espíritu Santo, y nos abrió las puertas del cielo. Pero nuestra naturaleza, de resultas del pecado de origen, quedó enferma, debilitadas sus fuerzas, el entendimiento obscurecido, la voluntad indócil, y desarreglados los apetitos. De aquí el rebelion de las pasiones y el desenfreno de la concupiscencia, este ángel de satánás, de que tanto se lamentaba San Pablo con todas las gracias de su apostolado; esta inclinación á lo malo, que nos solicita, nos atrae, nos arrastra y nos precipita en el pe-

cado. De aqui el robo, la rapiña, el dolo, la mala fe, la ambicion, la avaricia y demas horrendos crímenes, que de hijos de Dios nos convierten en esclavos del demonio, y solo á propósito para el fuego eterno. Estos son ¡ó soberbios! los títulos honoríficos que adquirís por vuestro orgullo; esta es la libertad, la herencia que os espera en el fin de vuestros días. ¿En qué fundais pues vuestra altivéz y soberbia, miserables esclavos de la culpa?

Mas yo quiero ser por un momento mas indulgente con vosotros. Supongo que careceis en este instante de aquellos horrendos crímenes que privan de la gracia de Dios y os deshonoran en la sociedad cristiana. ¿Qué teneis que no hayais recibido del Señor, fuente de todo bien? Y si habeis recibido este precioso don de la mano benéfica de Dios, ¿de qué os gloriais como si fuera vuestro? Si dixéreis que care-

ceis de pecado, mentís, dice S. Juan, faltais á la verdad, y vuestra virtud es farisáica. Numerad, si podeis, vuestras faltas veniales, vuestros pecados leves, el descuido en vuestros deberes, vuestras palabras ociosas, vuestra tibieza &c. ¿No son estas otras tantas ofensas de Dios, que aunque no quiten la vida del alma, la manchan, la afean y disponen á caer en culpas graves? ¿Juzgais gozar impunida de ellas delante del Señor?

¡Ah! sin hablar por ahora del rigor con que el fuego del purgatorio ha de expiar estas manchas que no se han purificado en vida, acercaos á la historia de nuestra religion y veréis terribles castigos executados por Dios en pena de varias culpas, reputadas comunmente por leves. Aqui fue castigada de muerte una curiosidad temeraria. Los betsamitas perdieron la vida por haber mirado el arca del Señor, y la

muger de Loth se convirtió en estatua de sal por haber vuelto su rostro ácia Sodoma. Allí muere Oza de repente por haber querido sostener el arca que se inclinaba á la tierra. Aquí recibe el pueblo de Israel una deplorable desolacion por haberlo mandado numerar el rey David. Aquí una leve desconfianza de Moisés le privó de entrar con su pueblo en la tierra prometida. Allí fueron trasladados á Babilonia los tesoros de Jerusalén por haber tenido Ezequías la debilidad de mostrarlos á los enviados de aquel monarca. Aquí pierde el habla Zacarías por no haber creído la nueva del nacimiento del Bautista que el ángel le anunciaba. Allí mueren repentinamente Ananías y Saffira por haber proferido una mentira. ¡Qué justos motivos de temer la indignacion de Dios por toda clase de pecados, aun quando sean leves! ¡Qué motivos tan poderosos para humi-

Harnos, reconociendo nuestra propia vileza y la grandeza de Dios, á quien ofendemos con cualquier pecado ó defecto, y con tanta frecuencia, que siete veces al dia cae el justo, segun la expresion de la escritura. ¿Quién podrá pues decir: yo estoy limpio, yo no soy reo despreciable? ¡Solo vos, Señor, sois la pureza y la santidad por esencia!

Mas esto mismo es el mas poderoso motivo para humillarnos. Jesucristo, Unigénito de Dios, en todo igual y consubstancial al Padre y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo en Unidad de esencia y Trinidad de Personas; Jesucristo, Pontífice eterno segun el orden de Melquisedech, y mas elevado que los cielos, se humilló, descendiendo del seno de su Padre á tomar nuestra mortalidad; se humilló naciendo en un establo en compañía de animales el Rey de la gloria y Señor de los que dominan; se humilló

apareciendo en hábito de pecador, sujetándose á las incomodidades y trabajos de una vida pobre y obscura el que dió sér y conserva á todo viviente; se humilló exponiéndose á las persecuciones el que sostiene con tres dedos la masa de la naturaleza, poniendo límites al mar, y en cuya presencia es nada todo lo criado; se humilló en fin hasta la muerte mas vergonzosa el Autor de la vida, para instruirnos como Maestro en las sendas de la justificación, y darnos exemplo.

Este fue el que siguieron su santísima Madre, exenta de toda culpa; el Bautista, Jeremías y el santo patriarca Josef, santificados en el vientre de sus madres. A proporción que Dios los coronaba de dones, humillaban su alma en su divina presencia, para asemejarse á su exemplar, primogénito de los predestinados, sin cuya conformidad nadie puede ser salvo; no sien-

do justo que los discípulos de Jesucristo obtengan privilegio sobre su Maestro. Penetrados de estas verdades esenciales de nuestra moral todos los que hoy gozan de Dios, humillaron su espíritu delante del Señor, así en prosperidad como en la adversidad, confesando su vileza propia y la grandeza de todo un Dios que se dignó humillarse para darles exemplo; sin perder jamas de vista el conocimiento de sí mismos, su miseria, su flaqueza y su profunda humildad; esta virtud sublime y excelente, que al modo que la ceniza conserva el fuego material, preserva y conserva el fuego de la caridad y amor divino en el corazón de los fieles, y es origen fecundo de su exáltacion.

El que se ensoberbece, dice el Espíritu Santo, será abatido, y exáltado el que se humilla. Dios, añade, resiste á los soberbios y da gracia á los humildes. El que se humillare

como este párvulo (son palabras del Verbo eterno), este es mayor en el reino de los cielos. Y si no creéis aún los preciosos frutos de esta virtud, oid al apóstol hablando de Jesucristo. Se humilló á sí mismo, dice, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por esto lo exáltó Dios, y le dió un nombre superior á todo nombre, para que en el nombre de Jesus doblen todos la rodilla, los cielos, la tierra y los infiernos, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Preguntad á la soberana Reina de los ángeles y de los hombres ¿de dónde dimanó su alteza y las aclamaciones de los pueblos, y la oiréis decir en su cántico de accion de gracias al Señor: porque atendió á la humildad de su esclava, hé aquí por lo que me bendecirán todas las generaciones, porque obró en mí cosas grandes el que es poderoso.

Con arreglo pues á estos modelos y divinos oráculos formaron el plan de su vida todos los justos que gozan de la divina presencia. Penetrado Josef de estos sentimientos y educado en la casa de Dios y entre su familia sobre la tierra, humillaba continuamente su corazon delante de Hijo y Madre, repitiendo con David: yo, Señor, soy un gusano y no hombre, oprobrio y desprecio de la plebe. Solo vuestra misericordia ha podido elevar á esta vil criatura á Esposo de vuestra Madre y tutor de vuestra preciosa vida. ¿Quién soy yo, ó qué has visto en mí para elevarme sin mérito á tan alto ministerio? Vuestra bondad sea alabada eternamente. Con estas ó semejantes palabras elevaba su mente á Dios desde el conocimiento de sí mismo, solicitando de Hijo y Madre la gracia de servirlos de rodillas; y como esto no se lo permitiesen, se humillaba en espíritu. Por este me-

dio lograba de ordinario su alma singulares dones de paciencia, de conformidad, de paz interior y gracias abundantes, que lo elevaban á su perfecta union con Dios, y que lo preparaban para ser colocado entre los mayores príncipes de la gloria.

Hé aqui, señores, un breve rasgo de la humildad cristiana, de su necesidad para salvarse, de los frutos de vida eterna que es capaz de atraernos con mas fuerzas que el imán al fierro, y los mas excelentes modelos para vuestra imitacion. Humillaos pues con frecuencia baxo la mano poderosa de Dios, porque el Señor es el que humilla y levanta, el que ensalza á proporcion que humilla. Reconoced vuestra nada, vuestras culpas y defectos, y la grandeza de Dios á quien teneis ofendido. Imitad el exemplo de su Unigénito, á su Madre, á su Padre putativo Josef y demas justos que se humillaron hasta el polvo, para

que el Señor os ensalce y corone de gloria en el tiempo de su visita. Amen. DIXE.

PLÁTICA VI.

Sobre la Pureza.

Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus. Ad Ephes. I. 4.

Dios nos eligió en Cristo antes de la constitucion del mundo para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia.

SEÑORES:

Estas solas palabras del apóstol bien meditadas, al paso que nos ponen á la vista del alma los adora-

bles designios de Dios sobre nosotros, deben considerarse como un poderoso correctivo que nos separe de todos aquellos objetos que sean capaces de apartarnos del altísimo fin para que fuimos criados y elegidos en Jesucristo. Llamados misericordiosamente á su iglesia, reengendrados en las aguas saludables de su sacro Bautismo, convertidos de hijos de ira en miembros vivos del Salvador y templos del Espíritu Santo, con derecho incontestable al reino de Dios, como coherederos de su Hijo, nos puso por condicion indispensable para obtener tanto bien que fuésemos santos é inmaculados en su presencia; pues como por esencia es la pureza misma, nada manchado puede entrar en su reino. De aqui el precepto de observar castidad, modestia y pureza respectiva al estado. Virtud angélica, virtud sublime, virtud sumamente agradable á los ojos de Dios, y origen de

grandes bienes espirituales, de los cuales nos priva con frecuencia su contrario la luxuria, arrojándonos en un abismo de crímenes que nos hacen odiosos á Dios, abominables á la sociedad y desertores de la eleccion del Señor y banderas del cristianismo. No será pues fuera de propósito combatir á este monstruo de la impureza, vicio capital opuesto á la dignidad del hombre y á la inmaculada santidad del cristiano, segun la eleccion de Dios intimada por S. Pablo. Para triunfar de tan poderoso enemigo de nuestra alma y obtener la continencia y pureza característica del cristianismo, imploramos esta tarde la alta proteccion del santo Patriarca, cuyo exemplo nos debe servir de modelo y estímulo. Procedamos con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

Basta un momento de reflexion sobre el vicio de la impureza para

conocer que es el mas abominable á los ojos de Dios, el mas comun en la sociedad y el de mas funestas consecuencias. Reflexemos brevemente. El impuro es reo de idolatria y sacrilegio. De idolatria, porque da á la criatura el culto y homenajes debidos únicamente al Criador. Es verdad que llamados á la admirable luz del evangelio, y asociados á la verdadera iglesia plantada por Jesucristo, hechos amigos de enemigos que éramos, destruimos los abominables ídolos de piedra, metales y madera, objeto ridiculo de nuestra adoracion; pero bien presto erigimos en nuestro corazon otros no menos despreciables á quienes damos culto. Cuando ídólatras erigimos templos y adorábamos á Venus, falsa divinidad de los deleites impuros; mas los ídólatras de nuestro siglo se contentan con ofrecer incienso y erigir ara en su corazon al objeto mismo de su deleite sensual;

á la cual llama un antiguo padre de la iglesia, *infame imitacion de la idolatría pagana*; y S. Pablo le da el nombre de *esclavitud de los ídolos*, que no tiene parte en el reino de Cristo y Dios. ¿Sabeis por qué, señores? porque no hay diferencia entre adorar estatuas animadas ó muertas; entre ofrecer al demonio animales en sacrificio, ó su corazon en holocausto al ídolo de su pasión lasciva; entre incensar ídolos de carne ó de madera. ¿Cuál os parece mayor crimen? ¿ó qué hace el ídólatra pagano que no haga el cristiano impuro?

Y porque no penseis hablo por entusiasmo, oid á Jeremías. El ídólatra adorna á su ídolo con sus propias manos, lo corona de rosas y le prodiga inciensos. ¿Y el hombre impuro qué hace? pregunta un sabio. Sacrifica su fortuna, su salud, su reposo á su favorito. Un ídólatra piensa en su ídolo, le dirige sus

votos y su incienso; Y el cristiano impuro en quién piensa? En el objeto de su pasión: coloca sus delicias en traer á la memoria sus sensualidades; bendice sin cesar sus deplorables cadenas; separado de lo que adora se entristece, y cerca de lo que ama respira; prefiere á todo el universo y aun á su mismo Creador la belleza que lo ha seducido; y hasta en el templo santo á presencia de Dios vivo sofoca este lascivo pensamiento á los demas, y lo absorve todo entero. ¡Ah! profeta santo, que llorásteis la soledad del templo de Sion, venid á ver en nuestros santuarios ídolos de carne, á quienes adora el mundo; venid, digo, á ver estas mugeres sensuales, brillantes con gracias prestadas, cargadas con todo el oro de Ofir, con las perlas y diamantes de la India, con las plumas y adornos costosos de la Persia, y exhalando de sí á veces los aromas y perfumes de la

Arabia. ¿Qué os parece pretenden estas mugeres infelices, que semejantes á las aves que vió el profeta Isaías entre las ruinas de Babilonia, solo presentan belleza desde lejos, y hediondez examinadas de cerca? No aspiran á otra cosa que á satisfacer el deseo criminal de hacerse amables para robar la adoracion al Cordero immaculado que se inmola por nuestra salud en el santo Sacrificio de la Misa. Veis pintado su rostro como el de la impía Jezabél para engañar á Jehu y Cleopatra á Marco Antonio, llenos sus ojos de alegría, midiendo con estudio sus pasos, y cierta especie de sonrisa en sus labios, que entran en el templo con la misma satisfaccion y desenvoltura que en el teatro, sin hincar la rodilla al Dios de magestad infinita. Son ídolos vivos que adoran á otros ídolos. ¿Qué mas? El ídólatra inciensa á su falsa divinidad, se inclina, se postra en su

presencia, la adora. ¡ Ah! ¿ cuántas veces el hombre impuro prodiga á su favorita el nombre de diosa? ¡ Lenguage detestable! ¡ Idioma sacrilego!

Antes que el Verbo encarnase, decia S. Pablo á los corintios, era un crimen la impureza, porque degradaba al hombre reduciéndole á la calidad de las bestias, inclinándolo á la tierra unos corazones criados para el cielo; pero no pasaba de un simple pecado, porque los cuerpos sobre que se cometia eran profanos. El hombre era criminal, pero no profanador; mas despues que el Verbo Eterno tomó nuestra humanidad; despues que en virtud de esta eterna alianza somos huesos de sus huesos, carne de su carne, miembros de sus miembros; cuando os entregais á la infame y vergonzosa pasion de la luxuria no solo deshonrais á vuestros miembros, sino que profanais los de Jesucristo; no solo manchais vuestros cuer-

pos, sino el místico de Jesucristo.
 ¡ Ah, mi Dios, qué iniquidad! ¡ Qué sacrilegio mezclar el Cuerpo de Jesucristo con el del objeto de vuestra pasión desenfrenada! ¿ Os parece paradoxa? Oid á S. Pablo. ¿ Ignorais, dice á los corintios, que el que se une á una meretriz se hace un cuerpo con ella? ¿ Quitaré pues los miembros de Cristo para formar los de una meretriz? ¿ Ignorais que vuestros miembros (purificados por los Sacramentos) son templo del Espíritu Santo, y que no sois vuestros por haber sido comprados en un gran precio, es decir, con la preciosa Sangre de Jesucristo? ¿ No sois pues ya dueños, sino custodios de vuestro cuerpo? ¿ Habis olvidado por ventura que renunciasteis solemnemente de la carne en el sacro Bautismo? ¡ Qué profanacion! ¡ qué sacrilegio manchar un cuerpo purificado en estas aguas saludables!

¿ Qué mas? vuestros cuerpos han sido santificados por la Confirmacion, templos vivos de la gracia y soldados de Jesucristo, templos divinizados, marcados con el augusto sello de la fe. ¡ Qué temeridad violarlos sin pudor! Además, ¿ vuestros cuerpos no han recibido por la sagrada Comunión una consagracion aún mas notable? ¿ La sacrosanta Sangre del Cordero de Dios no se os comunica, no se confunde con la vuestra? ¿ No venis á ser por este medio una misma cosa con Jesucristo? ¿ Unos miembros santificados con el precioso rocío de esta Sangre virginal podrán ser sin sacrilegio convertidos en los de una meretriz? ¡ Ó cielos! asombraos á la vista de tan horrendo crimen, idolátrico, sacrilego, y el mas comun en nuestros días.

Arrojad la vista sobre la mayor parte de los mortales, y hallaréis acreditada esta verdad. Veréis que

toda la carne no menos que en tiempo de Noé ha corrompido sus caminos; que todo lo que vuestros ojos observan es concupiscencia de la carne, concupiscencia de la vista y soberbia de la vida, como S. Juan se explica. Veréis que un vicio que debería ser desconocido en el cristianismo por el carácter de pureza que debe distinguirlo, domina hoy generalmente sobre todas las condiciones y estados: grandes, pequeños, sabios, ignorantes, jóvenes y ancianos son de ordinario sus esclavos. Las amistades peligrosas y aun escandalosas, las palabras obscenas, los ademanes y gestos indecentes é impuros son frecuentes; las modas provocativas y vergonzosa desnudez del bello sexó son ya razon de estado. Prescindo de una tropa de Batálos y Sardanápalos, que ponen todo su estudio ya en parecer mugeres por su aliño, ya en ostentar con indecencia que son hombres.

Faltaria yo, señores, al ministerio de la palabra si no os desengañara en tiempo. ¿Cuánto mejor os estuviera ser sepultados en el mar con una piedra de molino al cuello, segun el oráculo de Jesucristo, que caer en las manos de Dios vivo despues de haber servido de escándalo y de ruína á vuestro prójimo? Con vosotras hablo, deidades mundanas, mártires del demonio. Vuestros adornos meretricios y vergonzosas desnudeces ¿qué pueden producir sino escándalo? No en vano el Espíritu Santo nos manda apartar la vista de la muger adornada, habitacion propia del demonio, como la llama S. Ambrosio; é indicio claro de un corazon adulterino en pluma de S. Agustin. Yo bien sé, decís, que no llevais intencion de escandalizar á nadie, y sí solo de acomodaros al uso. ¡ Ah! no me atreveria yo á salir por garante de la verdad de vuestra asercion, y

mucho menos á salir por fiador vuestro en el tribunal de Dios. Vosotras poneis la piedra de tropiezo: aun cuando ninguna ruina hayais causado, ¿os parece legítima esta escusa? Oid á S. Gerónimo. Si el hombre, dice, ó la muger, se adorna de suerte que llame la atención de alguno aunque ningun daño se siga, experimentará el castigo por haber presentado el veneno á disposición del que guste beberlo. Además ¿es el uso alguna ley canónica que os ponga á cubierto de la inobservancia de la modestia y pureza cristiana? ¿Prescribe la ley de la decencia con el tiempo ó por el uso? La infracción de un precepto por muchos, ¿podrá excusaros del pecado? Reconoced pues de buena fe que este crimen casi universal trae consigo las mas infelices consecuencias.

Baste decir que los impuros, según S. Pablo, estan excluidos del reino de Dios si una verdadera peni-

tencia no los pone á cubierto de esta infelicidad. La impureza obscurece las luces del entendimiento y lo ciega, hace á la voluntad mas rebelde, y dispone al hombre á la impenitencia y última ruina, atrayéndolo con pasos acelerados al número de los incrédulos y libertinos. ¿Quién ignora las abominaciones de los gnósticos antes de entregarse á su heregía? ¿Quién dispuso á Montano á la suya ¿sus impurezas. ¿Quién al pérfido Arrio para negar la divinidad de Jesucristo? sus escándalos. ¿Quién al apóstata Lutero? sus sacrilegos incestos. ¿Por qué medio se han extendido tan rápidamente las heregías? por la impureza. Apenas apareció en el siglo xvi un hombre audáz, desenvuelto, esclavo de la mas vergonzosa de las pasiones, predicando baxo el título de *reforma* una nueva religion, un evangelio nuevo que condenaba el celibato, soltando la rienda á los apeti-

tos brutales, burlándose de los Sacramentos y de los mas augustos misterios del sacerdocio y gerarquía eclesiástica, y aclamando la libertad de conciencia, cuando logró gran número de prosélitos que apostataron de la santa religion de sus padres por gozar de sus deleites sensuales; Ah! cuántos detestables ejemplos de imitacion no llora la España en nuestros días.

La brevedad de una plática no me permite dar á estas ideas la extension de que son susceptibles. Baste decir en conclusion que la impureza conduce insensiblemente á la impenitencia final. Los repetidos actos engendran el hábito lascivo muy difícil de curar. Oid, sacerdotes, dice Dios por Oseas, no prediqueis en Efraim porque el espíritu de fornicacion habita en medio de ellos, y ya no piensan convertirse al Señor: *spiritus fornicationis in medio eorum est. Non dabunt cogitationes*

suas ut convertantur. Por esto afirma S. Pablo que los luxuriosos no poseerán el reino de los cielos. No perdais, os ruego, de vista que este vicio abominable fue la causa principal del diluvio universal y del incendio de las infames ciudades de Pentápolis. Huyamos pues en tiempo de la ira futura, y abracemos de corazon la pureza de obras, palabras y pensamientos, para ser santos é inmaculados en la presencia del Señor, con arreglo á la eleccion que hizo de nosotros en Cristo. Sigamos el modelo de su Padre putativo Josef.

Elegido por Dios para cabeza y gefe de su Hijo y Madre sobre la tierra, y destinado en los consejos eternos para Esposo de la mas pura de todas las criaturas, lo previno desde luego con bendiciones de dulzura, de honestidad, de pureza, para hacerlo digno del alto ministerio á que lo destinaba. Esposo casto de una Virgen castísima, su

modestia era notoria á todos, y su conversacion se dirigia al cielo para agradar á Dios, á quien adoraba presente. Dios, adorable siempre en sus designios y en sus obras, que para que Adán no estuviese solo le dió por muger una compañera semejante, dió á María Virgen por Esposo un varon semejante en la virginidad y en la pureza para que fuese inmaculado en su presencia y sirviese de exemplo á los demas mortales: modelo singular que debemos todos imitar para ser santificados con arreglo á nuestra eleccion: modelo de proteccion si le invocamos con deseo sincero de conseguir la pureza de alma y cuerpo; si abandonadas las sendas criminales de la luxuria, vicio capital, opuesto á la dignidad y santidad inmaculada del hombre, vicio abominable, que lo hace reo de idolatria, y lo conduce á su perdicion eterna.

H

NIX ONOT

No desprecieis, señores, estos saludables avisos. Dexad esa senda lata y espaciosa que os conduce á vuestra ruina: moderad vuestras acciones y palabras inmodestas en tiempo, antes que venga sobre vosotros la repentina calamidad, y seais despojados del reino de los cielos que os adquirió Jesucristo con su Sangre. Ya es tiempo que despertéis del funesto letargo que os aturde, y de que conozcais vuestra dignidad de cristianos: huid de las malas compañías; de estos hijos de tinieblas digo, de estos apóstoles de la sensualidad, que de templos vivos del Espíritu Santo en que fuisteis consagrados por el sacro Bautismo, pretenden convertiros con su exemplo en apóstatas de la religion y esclavos de satanáas. Acogéos desde este momento baxo la alta proteccion del santo Patriarca con verdadero deseo de vuestra salud eterna, y pedidle con entera confianza os alcance del Señor la pu-

reza y santidad para que os eligió antes de la constitucion del mundo, á fin de ser en vida y muerte agradables en su divina presencia. Amen.
DIXE.

VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
CONSEJO FACULTAD DE B...

PLÁTICA VII.

Sobre la Conformidad.

*Conformes ferri imagini Filii Dei,
ut sit ipse primogenitus in multis
fratribus. Ad Rom. v. 29.*

SEÑORES:

Jesucristo, Unigénito de Dios, no solo es objeto de nuestra fe, sino modelo y perfectísimo exemplar de la vida cristiana, sin cuya imitacion nadie puede ser salvo. Como su Padre celestial lo envió al mundo en calidad de Primógenito entre sus hermanos, dispuso que estos para obtener tanta dignidad se conforma-

sen á la adorable imágen de su Hijo; es decir, que le imitasen no en las obras de su infinito poder, como es la creacion y conservacion del mundo, la operacion de milagros y demas rasgos de su omnipotencia. Aspirar á ello seria temeridad heretical; pero quiso le imitásemos en su paciencia en los trabajos, en su gozo en las tribulaciones, y demas operaciones dirigidas á nuestra instruccion. Quiso le siguiésemos como fieles discipulos, caminando en pos de él con la cruz de las tribulaciones de esta vida, para conformarnos en todo á la voluntad de su Padre celestial. Esta es la única senda para obtener el reino de Dios: esta la que abrazaron todos los justos adultos sobre la tierra; y esta santa deferencia á las disposiciones del Señor, esta indispensable conformidad en las tribulaciones es la que pedimos á Dios por la intercesion del santo patriarca Josef como un medio ne-

cesario para ser eternamente felices. Los oráculos mas expresos de nuestra religion testifican esta verdad; y el exemplo del santo Patriarca y demas justos nos servirán de estímulo para abrazarla en nuestro corazon. Procedamos con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

El discípulo, dice Jesucristo, no debe gozar privilegio sobre su maestro; bastarále ser como él. Su augusta cualidad de Redentor del hombre, así como puso sobre sus hombros todas nuestras iniquidades para expiarlas en su Sangre, le confirió tambien un derecho incontestable á ser seguido é imitado de sus hermanos en esta nueva senda, que les indicó su misericordia. Desde la cuna hasta el Calvario, si registráis las escrituras, veréis á esta suma inocencia, á este pacientísimo Cordero padeciendo trabajos, violencias, persecuciones, injurias, y al fin una

muerte afrentosa; pero observaréis al mismo tiempo su paciencia en las tribulaciones, su inalterable conformidad con la voluntad divina, y que sufrió la cruz lleno de gozo: todo á fin de darnos á entender que no son dignas las pasiones de este tiempo para la gloria futura que nos tiene prometida, precio inefable de su Sangre; porque este su reino padece violencia, y solo con violencia se arrebatá.

A apoyados sobre estas verdades eternas es fácil concebir el fin á que se dirigen, segun el espíritu de la religion que profesamos, los trabajos y tribulaciones de esta vida. Ellas en efecto presentan al pecador un estímulo de penitencia, y al justo un medio para aumentar su mérito. ¡Qué ideas de tanto consuelo si sabemos aprovechar el fruto que nos prometen! Señores, vuestros pecados os hacen abominables á los ojos de Dios y acrees-

dores á sus mayores castigos; pero ha jurado no quiere vuestra perdicion, sino que abandonadas las sendas de la iniquidad entreis en vosotros mismos é invoqueis á vuestro Dios de corazon. Á este fin os visita con la adversidad y la tribulacion. *Señor*, decia David hablando de los pecadores, *cubrid su rostro de ignominia, é invocarán vuestro nombre.... conozcan que tienes por nombre Señor, y que eres soio el Altísimo.*

¡Ah tribulaciones santas! ¿qué de preciosos frutos no ha producido Dios por vuestro medio sobre la tierra? Nínive floreciente se entrega á los desórdenes, y amenazada por Jonás de su próxima ruina se cubre de un saco y de ceniza en señal de penitencia. Israel en su prosperidad inciensa á los ídolos, y visitada por la afliccion de la cautividad invoca al Dios de sus padres, y sale de la esclavitud. Na-

bucodonor en la opulencia de su reinado pretende ser adorado por Dios; y reducido por el Señor á pacer por los campos en calidad de bestia, reconoce la omnipotencia del Altísimo. Manasés, engreído con su potencia, comete iniquidades, y aherrrojado entre cadenas invoca al Dios de magestad, y abandona sus pecados. Saulo en el esplendor de su secta persigue con implacable ódio á los cristianos, y derribado á la voz de Jesucristo en el camino de Damasco, se convierte en vaso de eleccion para llevar su santo Nombre por todo el universo. Acab escandaliza su reino con abominables injusticias, y amenazado por un profeta se humilla delante del Señor.

¿Mas para qué me canso en producir exemplos de una verdad auténtica en las santas escrituras? Yo, dice el Señor por S. Juan, corrijo, reprehendo y castigo á los que amo, para que hagan penitencia; y San

Pablo en su carta á los hebreos, queriendo fixar en nuestro espíritu este oráculo y el de los proverbios, dice: *hijo mio, no desprecies la disciplina del Señor, ni te fatigues cuando te reprehende, porque al que Dios ama lo castiga; y azota á todo el hijo que recibe.* El apóstol nos descubre este arcano de la divina misericordia cuando dice: *la tribulacion obra la paciéncia, la paciéncia la prueba, la prueba la esperanza, la esperanza no confunde, porque la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se se nos ha dado.* Lejos pues de mirar con tedio las tribulaciones que el Señor nos envia para nuestra correccion y enmienda en esta vida, debemos recibirlas con gozo extraordinario, dice Santiago, considerando que la prueba de vuestra fe obra la paciéncia, y que la operacion es obra perfecta.

Pero no limitemos el fruto de

las tribulaciones á estímulo de penitencia en órden al pecador. Considerémosle como motivo de mérito respecto del justo. *Fiel es Dios, dice el apóstol, y no permitirá seais tentados sobre vuestras fuerzas, antes hará que la tentacion os sirva de provecho: y Santiago nos amonesta que suframos y toleremos con gozo las varias tribulaciones de esta vida.* Ellas en efecto son de ordinario la prueba de los escogidos y el crisól en que son probados como el oro. Recorred los anales de nuestra sagrada religion, y hallaréis acreditada esta verdad. Traed á la memoria al santo Job, este varon justo, recto, temeroso de Dios, y sin semejante sobre la tierra, segun el testimonio del mismo Señor; y le veréis reducido en un momento de la fortuna mas brillante y alhagüena á tener por lecho un inmundo estercolero, y á estar cubierto de una vasta llaga, despreciado de su mu-

ger, acusado é injuriado de sus amigos. ¿A qué fin esta tribulacion? para probar su paciencia y dexarnos un raro exemplo de conformidad con lo que Dios nos envia. No olvideis al santo Tobías, este varon extraordinario por su oracion y caridad con los difuntos, privado repentinamente de la vista. ¿Á qué fin esta tribulacion de un justo que temia al Señor desde su infancia y observaba sus mandamientos? Oid cómo se explica el arcángel S. Rafael: *cuando orabas con lágrimas, le dice, cuando dexabas la comida, y escondias de dia los muertos en tu casa para enterrarlos de noche, ofrecí yo al Señor tu oracion. Mas por cuanto eras acepto á Dios, fue necesario que la tentacion te probára.* Prescindiendo por ahora de las tribulaciones que sufrieron por Dios los apóstoles y los mártires, traed por un momento á la memoria las que padecieron Jeremías y el Bau-

tista, santificados en el vientre de sus madres. ¿A qué fin sus persecuciones y trabajos, sino para aumentar su mérito en la paciencia?

¿Qué mas? María Madre de Dios y nuestra, que concebida sin pecado recibió por primicias la plenitud posible de la gracia; María que es de fe no cometió defecto alguno durante su larga vida, ¿no sufrió mayores tribulaciones y penas que todos los justos sobre la tierra? ¿A qué fin estas adversidades sino para aumento de su piedad y caridad, y su entera conformidad con la adorable imagen de su Unigénito, á quien sin embargo de ser la suma inocencia por naturaleza, y la santidad por esencia, vió padecer trabajos desde su infancia, y morir cubierto de injurias en el afrentoso suplicio de una cruz? ¡Ah! su altísima comprehension la hacia conocer que así convenia para sentarse

á la diestra de su Padre con la gloria de Redentor.

Pero nada os he dicho de la conformidad del santo patriarca Josef en sus tribulaciones y trabajos. Parece que el Señor se dignó ponerlo en su iglesia para exemplar de paciencia entre las olas de las mayores aflicciones. Elegido en efecto por Dios para Esposo de su verdadera Madre, y Padre putativo de su Unigénito, su tutor, su nutricio, su defensor y gefe de su familia sobre la tierra, le visitó sin embargo con las mas duras tribulaciones. El embarazo de su Esposa por obra del Espíritu Santo, antes que le fuese revelado el misterio, fue una afliccion mas dura que el infierno. El ver nacer al Niño Dios en un portal, reclinado entre pajas el Soberano de la naturaleza, expuesto al frio y á las incomodidades el Rey del cielo y de la tierra, fue una pena imponderable que penetró hasta lo

Íntimo de su corazón amante. La órden del Señor de su intempestiva fuga á Egipto para librar al Salvador del mundo del furor de Herodes, que se propuso quitarle la vida, los trabajos é incomodidades de Hijo y Madre en tan larga peregrinacion por arenas y desiertos, ¿no fueron un agudo dardo que atravesó sus piadosas entrañas? La pérdida del Infante Dios en el templo, para omitir otras muchas tribulaciones que el Señor le ofreció, ¿no penetró de dolor hasta lo íntimo de su alma?

Y en medio de estos trabajos y aflicciones, ¿cuál era el lenguaje de Josef? ¡Ah! yo oigo al santo Job, exemplar de paciencia, que abrumado con su tribulacion, maldixó el dia de su nacimiento, y protestó que su fortaleza no era como la de la piedra, ni su carne era de bronce. Oigo al santo profeta Isaías, que perseguido de sus enemigos clama que Dios sea el testigo

y el vengador de sus ultrajes. Oigo á Jeremías, que oprimido mortalmente baxo un promontorio de piedras, cubre de maldiciones á los judíos, y concluye con estas terribles palabras: Señor, no los perdoneis, ni falte jamas su pecado delante de sus ojos. ¡Pero qué distinto language el de Josef entre sus mayores aflicciones! Quiero, Dios mio, repetia con frecuencia, lo que tú quieres; no quiero lo que no quieres: ¡oxalá viva y vea la voluntad de Dios cumplida! ¡Qué raro exemplar de paciencia! ¡qué singular modelo de conformidad con la voluntad del Señor, único medio de obtener las bendiciones del Altísimo, que por un efecto de su bondad visita con tribulaciones al pecador para que se convierta, y al justo para que se purifique de sus manchas y aumente su mérito, poseyendo su alma en la paciencia!

Siendo esto así, como la fe nos

enseña, ¿en qué consiste que miremos no solo con tedio y con disgusto, sino á veces con desesperacion los trabajos y tribulaciones de esta vida? Reconoced, os ruego, la mano benéfica que os las envia: bendicidla y alabadla por su misericordia. ¡Infelices de vosotros si desconoceis el tiempo de vuestra visita! Todo lo que el Señor nos envia es para nuestra correccion, no para nuestra ruina. Los terremotos, las pestes, las hambres, la indigencia, las violencias, las guerras con que nos ha visitado y nos visita, se dirigen á que nos humillemos baxo su mano poderosa y enmendemos nuestra vida. Bienaventurado, dice Santiago, el que sufre la tentacion, pues quando estuviere probado recibirá la corona que tiene Dios prometida á los que lo aman; y el apóstol San Pablo en su epístola á los hebréos, forma el elogio de los santos del antiguo testamento por el sufrimien-

to en sus aflicciones. Los apóstoles, dice S. Lucas, iban llenos de gozo por haber sido dignos de padecer oprobrios en nombre de Jesucristo. S. Pablo se gloriaba en las tribulaciones, porque en ellas se perfecciona la virtud. Todos los justos, para decirlo de una vez, se han gloriado en los trabajos y tribulaciones con que Dios los ha visitado en este mundo, para conformarse con la imágen de su Unigénito, que toleró su cruz con gozo: *proposito sibi gaudio sustinuit crucem*. Imitemos pues á nuestro sacratísimo original y Maestro, que nos reconvenirá en el dia de su ira con aquellas sus terminantes palabras: la paciencia os es necesaria para cumplir la voluntad de Dios y recibir sus promesas. Yo os las deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

PLÁTICA VIII.

Sobre los pecados veniales.

Qui modica spernit, paulatim decidet. Eccli. XIX. 1.

SEÑORES:

Como Dios por su misericordia nos eligió en Cristo, según el apóstol, antes de la constitucion del mundo para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia, nos llamó en tiempo á su admirable luz; nos reengendrò espiritualmente en el sacro Bautismo; nos elevó á la altísima dignidad de hijos suyos adoptivos y herederos de su reino. Mas para ob-

tener tanto bien nos mandó ser perfectos como lo es el Padre celestial. No quiere decir esto que afectemos ó presumamos igualdad de perfeccion con Dios. Pensarlo solamente seria temeridad sacrilega y detestable presuncion; pero quiere decir pongamos toda nuestra sollicitud en asemejarnos á nuestro original para ser dignos de su divina presencia; quiere decir que oremos y velémòs frecuentemente para no caer en la tentacion; quiere decir manejemòs sin desidia el importante y único negocio de nuestra salud eterna; quiere decir no miremos con desprecio las culpas veniales, que insensiblemente nos conducen á caer en las mortales, las cuales nos privan de la gracia y nos hacen reos de la pena eterna. Evitar esta ruina es el beneficio singular que por la intercesion del santo Patriarca pedimos esta tarde al Dios de las misericordias. Procedamos con la bendicion

de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

Cuando hayamos concebido una idea justa de la religion que profesamos, conoceremos facilmente la solicitud que debemos poner en evitar toda suerte de pecados, no solo los graves ó mortíferos que nos privan en un momento de la vida del alma, sino tambien los llamados veniales que nos disponen poco á poco á semejante desgracia. Yo bien sé que la preservacion de toda culpa, no menos que la perseverancia final, son dones especiales del Espíritu Santo, como la fe nos enseña. Sé que el primero de estos dones ha sido concedido á muy pocos por un privilegio singular; porque Dios nos ha dicho que siete veces al dia cae el justo; que todo hombre es mentiroso, y que miente el que dice que no tiene pecado. Pero la misma fe me enseña que lo que es imposible al hombre es posible para Dios; que

con su auxilio lo podemos todo; que no perdamos de vista nuestra salud eterna, este negocio importante que tanto nos recomienda S. Pablo, y que es el único propiamente nuestro. Los asuntos que no pertenecen á nuestra salvacion no son nuestros exclusivamente. Si trabajais, por exemplo, en ser sabios en medicina, ó por sobresalir en los derechos, no solo es asunto vuestro sino de los enfermos que curais, de los litigantes que defendeis, ó cuyas diferencias componeis. Pero velar continuamente por evitar toda especie de pecados, sin exclusion de los veniales, es negocio único y propiamente vuestro para ser immaculados en la divina presencia con arreglo á vuestra eleccion en Cristo.

Si en esta parte fuereis negligentes; si mirais estas venialidades como pequeñeces, debeis temer muchas terribles consecuencias y las penas á que en vida y muerte os ha-

cen acreedores. Ellas en efecto son ofensas de Dios, y de consiguiente le son desagradables. Son leves, me diréis; pero si las mirais con negligencia, no haciendo aprecio de ellas, vendréis poco á poco á caer en las graves, dice el Espíritu Santo. Apelo en esta hora al testimonio de vuestra conciencia. ¿No es verdad que vuestras murmuraciones empiezan de ordinario por los trages, condiciones, deformidades &c., y acaban con frecuencia por la fama y el honor? ¿No es constante que vuestras chanzas empiezan por dichos ingeniosos, y comunmente acaban en injurias y sarcasmos? ¿No es cierto que vuestras mentiras empiezan por leves, jocosas y oficiosas, y terminan en graves y perniciosos juramentos? ¿No es indudable que vuestras maldiciones empiezan por materiales, y terminan mas de una vez en formales y en exêcraciones? ¿No es cierto que vuestros juramentos,

que al principio son verdaderos, degeneran poco á poco en perjurios? ¿No es cierto que el lascivo, el jugador, el ladrón, empiezan de ordinario por pequeños ensayos, y acaban con frecuencia consumados en luxuria, en el dolo y la rapiña? ¿No es cierto....?

¿Mas para qué me canso en hacer larga enumeracion de unos males que la experiencia diaria nos enseña? Estos defectos que llamamos leves porque no nos privan de la gracia son las pequeñas raposas, que segun la esposa de los cánticos demuelen la viña del alma. Dios que es la pureza suma, y que ve manchas en sus ángeles, mira con cierta especie de tedio esta ofensa, y le mueven á náusea estas deformidades. Es verdad que estas faltas no os hacen reos de grandes crímenes mientras no pasan de veniales. ¿Pero cuál es la consecuencia de esta tibieza y descuido? ¡Ah! oid lo que

de parte de Dios dixo S. Juan al obispo de Laodicea: conozco tus obras, y que no eres frio ni caliente... Mas porque eres tibio empezare á arrojarte de mi boca. ¡Estado infeliz! semejante á aquella casa, que segun S. Mateo, hallaron los demonios vacía y limpia; es decir, dispuesta y preparada para invadirla y ocuparla. ¡Ah! ¡cuánto debeis temer que en pena de vuestra frialdad empiece el Señor á escasear sus gracias, sin las cuales nada podeis en el orden de vuestra salud eterna! ¿Cuál será en esta hipótesis vuestra suerte?

Pero seamos mas indulgentes con estos reos negligentes en evitar los veniales. Supongamos por un momento que no degeneren en mortales, lo cual no es tan facil. ¿Mas han considerado bien las penas á que en vida y muerte son acreedores? Registrad el antiguo y nuevo testamento, y hallaréis castigos riguro-

sos aplicados por Dios en pena de algunas faltas reputadas por leves. Preguntad á la muger de Loth ¿por qué fue convertida en estatua de sal hasta el dia? ella os dirá que por la vana curiosidad de haber vuelto su rostro ácia el incendio de Sodomá. Preguntad á Moisés ¿por qué le privó Dios de entrar á la frente de su pueblo en la tierra prometida? y os dirá que por una leve desconfianza que tuvo en las aguas de la contradicción. Preguntad á su hermana María ¿por qué fue cubierta de lepra? y os dirá que por haber murmurado de su hermano Moisés. Preguntad á David ¿qué motivo dió para que el Señor enviase una gran mortandad sobre Israel? y os dirá que haber tenido la débil curiosidad de numerar su pueblo. Preguntad á los betsámitas ¿por qué perecieron casi universalmente? y os dirán que por haber mirado con ojos curiosos el arca del testamento. Pre-

guntad á Oza ¿por qué lo castigó Dios con muerte repentina? y os dirá que por haber tocado al arca que amenazaba venir á tierra, sin estar adornado con los debidos ornamentos. Preguntad á Ananías y Saphira ¿por qué cayeron repentinamente muertos á los pies de S. Pablo? y os dirán que por haber mentado. Pero todos estos castigos en vida, enviados por Dios por pecados á veces veniales, son nada respecto de los que el Señor tiene destinados en la otra vida para este género de culpas que despreciamos por leves.

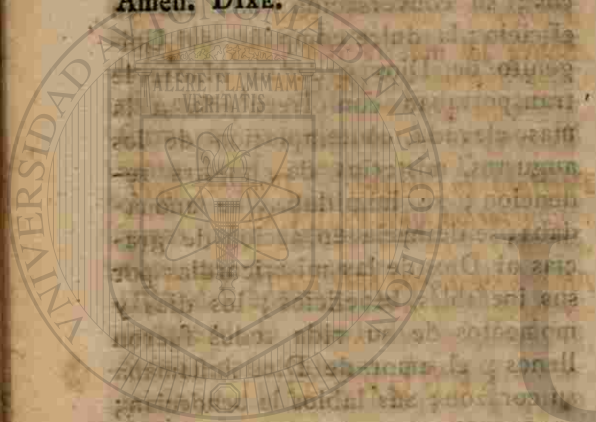
Por ellas en efecto debemos ser multados, aun cuando muramos en gracia, con dos terribles penas superiores á todas las que podemos sufrir en esta vida. Tales son la de daño y la de sentido. Por la primera son privadas estas almas justas de la presencia de Dios, su centro; y su fin último; y por la de sentido son atormentadas de un vivísimo

fuego que las abrasa y las devora sin consumirlas; penas tan activas, que las de todos los mártires son solo una sombra de ellas; fuego tan terrible, que el nuestro elemental apenas respecto de él, puede considerarse como un rudo bosquejo. Penas incomprendibles, y que deben durar hasta que los reos de estas culpas leves hayan pagado el último cuadrante, porque siendo Dios la pureza por esencia, nada con la mas leve mancha puede entrar en su reino. No son pues tan disimulables é inocentes á sus divinos ojos vuestros continuos defectos y culpas que llamais leves; porque aun siéndolo son ofensas de Dios, que os disponen y preparan para incurrir en las graves, que os alejen infinitamente del Señor, ó que á lo menos os hagan acreedores á los mas terribles castigos en vida y muerte: *qui modica spernit, paulatim decider.* Formad, os ruego, una idea

justa del espíritu de nuestra religión y de nuestra elección en Cristo para ser santos, sin mancha y sin arruga en su presencia. Si á imitación del santo Patriarca fuereis fieles hasta en las cosas pequeñas, seréis elevados sobre las mayores, conforme al oráculo de Jesucristo. El santo Josef, elegido por Dios para el mas alto ministerio que obtuvo jamas justo alguno sobre la tierra; esto es, para padre putativo del Hijo del eterno, para Esposo verdadero de la que lo fué del Espíritu Santo, para cabeza; defensor y nutrición de Hijo y Madre, á quien debía alimentar con el sudor de su rostro, correspondió fielmente á los designios del Señor. Nadie mas solícito en su obsequio; nadie mas pronto en obedecer las órdenes del Altísimo; nadie mas celoso de su honra y gloria; nadie mas vigilante en la observancia de su ley: ella animaba el fondo de su corazón; en

ella meditaba día y noche; aun cuando dormia, su corazón velaba como el de la esposa de los cánticos; su conversacion toda era en el cielo; la dulce compañía del Unigénito de Dios y de su Madre le transportaban con frecuencia á la mas elevada contemplacion de los augustos misterios de nuestra redencion; se humillaba, se anonadaba, se deshacia en accion de gracias al Dios de las misericordias por sus inefables beneficios; los días y momentos de su vida todos fueron llenos; el amor de Dios inflamaba su corazón; sus labios le bendecian; sus manos y su intencion se prestaban de buena voluntad á hacer todas las cosas en su nombre. Su exemplo pues debe servirnos de modelo para avanzar el negocio de nuestra salud eterna; y su alta proteccion, si debidamente le invocamos, nos alcanzará la vigilancia cristiana para evitar todo género de

culpas, y las bendiciones de Dios, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



[Faint, mostly illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.]

[Faint text at the top of the page, likely bleed-through.]



PLÁTICA IX.

Sobre la muerte del justo y del pecador.

Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus. Psal. CXV.

Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII.

SEÑORES:

¿Qué diferencia tan notable entre la muerte del justo y la del pecador! La de este, segun David, es infelz, es pésima; la del justo, como un sueño plácido, es preciosa á los ojos del Señor. Pero no debemos jamas perder de vista que

uno de estos fallos entre sí tan opuestos ha de recaer sobre nosotros algun día. Mientras vivimos en este valle de lágrimas, usando bien de nuestro libre albedrío y siguiendo las inspiraciones de la gracia, podemos cooperar á nuestra salud eterna, y evitar la infeliz suerte de los impios. Mas en llegando la muerte, término de nuestra peregrinacion, se acabó el tiempo de merecer: como cayéremos en las manos de Dios vivo, así permaneceremos en la eternidad segun el mérito de nuestras obras. Mas es de fe que al fin de nuestros días ó hemos de ser colocados á la diestra ó á la siniestra del supremo Juez de vivos y muertos; es decir, que ó hemos de ser del número de los predestinados, ó del de los réprobos. Queriendo pues preservaros de tan lamentable y eterna ruina, os intimaré con la brevedad posible la memoria de la muerte; este poderoso

correctivo de los vicios, segun el Espíritu Santo; esta saludable instruccion, que juntamente con el exemplo y feliz tránsito del santo Patriarca, nos conduce como por la mano á despreciar todo lo terreno por los bienes eternos. Entremos en materia con la bendicion de nuestro augusto y adorable Señor Sacramentado.

Necesario es confesar que el mundo con su brillantez, sus pompas y sus vanidades, son objetos demasiado seductores, y que nos separan mas de una vez de nuestros deberes esenciales. Sus pasiones lisonjean el gusto, sus riquezas irritan la avaricia, sus honores estimulan la ambicion y la soberbia; sus exterioridades, su abundancia, sus placeres, en que suelen presidir Baco ó Venus, excitan la vanidad, la gula y la concupiscencia. Por manera que todo lo que el mundo ofrece puede decirse con S. Juan que

es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. De aquí las repetidas caídas y la funesta ruina de tantas almas.

Pero el Señor, infinitamente misericordioso, nos enseñó el preservativo para no incurrir en semejante infelicidad. Tal es la memoria de la muerte; capaz de preservarnos del pecado, según su divino oráculo *memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis*. Memoria saludable, que nos instruye en el desprecio con que debemos mirar todo lo terreno con respecto á los bienes eternos, para conseguir la muerte del justo. Memoria que nos muestra lo frívolo y arriesgado de las fortunas, honores y placeres del mundo. Un momento de reflexión sobre los oráculos de la escritura basta para acreditar esta verdad, y hacer entrar en sí mismo al peccador, á fin de que conozca que to-

do lo que le presenta el mundo seductor es vanidad y aflicción de espíritu, según el *ecclesiastes*. La memoria de la muerte le hará comprender que la fama, los honores, la ambición y demás pasiones humanas perecen con su fallo.

¡Ah! ¿en qué han parado las delicias de aquellos impíos, que solo apetecían coronarse de rosas antes que se marchitasen; gozar de los bienes, y usar de la criatura en su juventud; llenarse de vino precioso y de ungüentos antes que se les pasase la flor de su edad; sin que quedase prado alguno donde no se manifestase su luxuria; cuyo designio era oprimir al justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano, y cuya ley de justicia debía estribar en la fuerza y la violencia? Todos estos infelices, que no carecen de imitadores en nuestros días lúgubres, pasan su vida en deleites, dice el santo Job, y descienden al infierno en un momento: *lucunt in bo-*

*nis dies suos, et in puncto ad inferna
descendant.*

¿Qué ha sido de los Nabucos, de los Artaxerxes, de los Alexandros y otros decantados héroes, conquistadores violentos y tiranos del universo? ¡Ah! su memoria pereció con el sonido de sus detestables proezas. *Periit memoria eorum cum sonitu.*
¿Qué ha sido de aquellos ricos epulones, cuyo dios es su vientre, cuyo estudio acumular riquezas; y que como el necio del evangelio, dicen en su corazón ingrato: ¿qué haré, porque mis frutos no caben en los trojes? To los destruiré, y los haré mayores: diré á mi alma: ya tienes bienes para muchos años, descansa, come, bebe, regálate. Mas ¡ah! que la voz de Dios le dice: *insensato, esta noche misma morirás; murió el rico avariento, y su alma fue condenada al infierno: stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te. Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.*

¿Qué ha sido de estas bellezas mundanas, ó por mejor decir, de estas mugeres vanas, escandalosas, harpias de satanás, que á imitacion de la impía Jetzabel para engañar á Jehu, se pintan y adornan con profanidad y desenvoltura, sirviendo de lazo á las almas incautas, y de tropiezo á la inocencia? ¿que á imitacion de las hijas de Jerusalén, caminan, dice Isaías, llenas de orgullo, erguido el cuello, la sonrisa en sus labios, y midiendo sus pasos con estudio? ¿Cuál será, os ruego, la suerte de estas infelices al pasar á la eternidad? Cuando su último destino no sea como el de Jetzabel, cuya sangre y carne lamieron y devoraron los perros en el campo de Jezrahel, incurrirán á lo menos en la eterna desgracia que les anuncia el santo profeta, á saber: *el Señor dexará calvas á las hijas de Sion... las desnudará, y privará de todos sus adornos (meretri-*

cios), *convirtiendo en fealdad, en fetor y en sempiterno desprecio todo su lujo y vanidad.*

¿ En qué han parado aquellos pretendidos políticos que juzgan poder reformar el orden de la Providencia? ¿ aquellos sabios orgullosos, que creen serles lícito destruir toda legislación divina, canónica y humana, ó por pura arbitrariedad, ó por no acomodarles á sus ideas mundanas? ¿ aquellos prudentes según la carne, que se creen autorizados para cambiarlo todo á su arbitrio, sin mas razon ni fundamento que su propia voluntad, decidiendo con igual autoridad que si hablasen como oráculos á un pueblo gentil, y desde la mesa de tres pies? ¡ Ah! ellos y sus imitadores han sido abandonados de Dios á sus invenciones, y entregados á un sentido réprobo; y el Señor ha protestado en su ira perder la sabiduría de estos sabios, y reprobar á la faz

del mundo la prudencia y política de estos falsos prudentes: *perdam sapientiam sapientum, et prudentiam prudentum reprobabo.*

¿ No basta, os ruego, esta breve induccion para haceros conocer la frivolidad de todo lo terreno en paralelo con los bienes eternos? ¿ y no son estas verdades sempiternas á las que la memoria de la muerte nos conduce como por la mano? Si meditamos pues su inevitable fallo, la incertidumbre de la hora, el rigor del juicio y la eternidad del destino ¿ quién no temerá ser envuelto en una eterna ruina si sigue los pasos de los vanos amadores del siglo? ¿ Quién no registrará en su conciencia la suerte á que le destinan sus obras según la presente providencia? ¿ Quién no aborrecerá la muerte pésima de los pecadores que se conforman á las máximas del mundo réprobo, del siglo corrompido? ¿ Quién no ape-

tecerá la muerte de los justos?

Esta es preciosa á los ojos de Dios, dice el real profeta. Cuando la calamidad repentina viene sobre el pecador; cuando la muerte se presenta á manera de una tempestad; cuando venga sobre él la tribulacion y la angustia, entonces dice el Señor en sus proverbios; me invocará y no lo oiré, por haber despreciado mi disciplina, mi correccion y mis consejos. Mas cuando el justo fuere preocupado por la muerte, añade Dios, recibirá el refrigerio; es decir, recibirá el premio de sus trabajos y la corona de justicia que tiene prometida á los siervos fieles que perseveran en su obsequio. Sí, señores, estos que el mundo desprecia y persigue porque no son del mundo, porque condenan sus usos y diversiones profanas, la corrupcion de sus costumbres, su inmoralidad, su irreligion y el trastorno universal de lo sa-

grado y lo humano; estos, á quienes hemos mirado como dignos de burla y de irrision, teniéndolos por insensatos segun el testimonio del Espíritu Santo, son computados entre los hijos de Dios, y su suerte será la bienaventuranza si padecen por Jesucristo, celando su honra y gloria, y sosteniendo los inviolables derechos de su augusta religion. *Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum... ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Esta ha sido desde el origen del mundo la senda que ha conducido á los justos á la patria celestial. La vida de Jesucristo, ya en esperanza y figura, ya en la realidad, ha sido el modelo de sus operaciones. Afligidos, odiados, perseguidos, ocultos y aun sepultados en las entrañas de la tierra, jamas perdieron de vista estos varones de Dios el norte de su Redentor. Entregados á los mayores suplicios, des-

tinados á los cadahalsos, al fuego, al agua, á la cuchilla y á las fieras, iban llenos de gozo á los suplidos: abundaban en consolaciones en medio de los tormentos, eran prevenidos por Dios con bendiciones de dulzura, su tránsito era una especie de sueño apacible, y su muerte preciosa á los ojos del Señor.

La brevedad de una plática no me permite traeros á la memoria los gloriosos dotes con que Dios los corona, ni presentaros los hechos de la multitud de héroes que la santa religion nos propone en el antiguo y nuevo testamento. Bastará un breve rasgo del feliz tránsito del santo Patriarca para conocer lo apreciable que es la muerte del justo, y para excitar vuestra fe, vuestra piedad, vuestra esperanza y sollicitud por los bienes eternos. Espero aún de vosotros un momento de atención para que bendigáis al Señor por sus misericordias singula-

res con el justo Josef en su feliz tránsito. Yo no haré mas que extractar sumariamente algunas de las cláusulas con que refiere este edificante suceso la venerable Ágreda; pues aunque sus obras solo merezcan una fe humana, son de mucha edificación, y muy análogas sobre la materia á lo que la religion nos enseña acerca de la bondad del Señor para con sus escogidos. *El que teme á Dios, dice el eclesiástico, lo pasará bien en su muerte; y en el día de su tránsito será lleno de bendiciones.... El varon fiel será muy alabado, y el custodio de su Señor será glorificado.* Hé aquí la firme base en que estriba todo lo que aquella venerable refiere sobre el tránsito de Josef.

Corrian ya ocho años, dice en substancia esta venerable, que las enfermedades y dolencias de Josef, le exercitaban, purificando cada día mas su generoso espíritu en el cri-

sól de la paciencia y amor de Dios; y conociendo su santísima Esposa que la muerte del Santo se acercaba habló á Jesucristo con estas palabras: Señor y Dios altísimo... el tiempo determinado por vuestra voluntad para la muerte de vuestro siervo Josef se acerca... Yo os suplico por vuestras misericordias... que le asista en esta hora el brazo poderoso de vuestra Magestad, para que su muerte sea preciosa en vuestros ojos, como os fue agradable su vida... Acordaos del amor y humildad de vuestro siervo; del colmo de sus méritos y virtudes; de su fidelidad y solícitud conmigo, y que á vuestra grandeza y á mí... nos alimentó el justo con el sudor de su frente...

Madre mía, contextó el Salvador, aceptables son vuestras peticiones en mi agrado, y en mi presencia estan los méritos de Josef. Yo le asistiré ahora, y le señalaré

lugar y asiento para su tiempo entre los príncipes de mi pueblo, y tan eminente, que sea admiracion para los ángeles y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generacion haré lo que con vuestro Esposo. Llenóse á esta sazón la casa toda de un suavísimo olor, y se oyeron dulces cánticos que entonaron los ángeles en alabanza del altísimo y para consuelo del enfermo. El dia antes de su muerte fue arrebatado en espíritu, y vió cosas, como despues S. Pablo, de que no es lícito al hombre hablar.

Volvió del raptó inflamado, lleno su rostro de admirable esplendor, y hablando con su Esposa la pidió su bendicion, y ella á su Hijo santísimo que se la diese, y su Magestad lo hizo. En seguida la gran Reina, puesta de rodillas, pidió al Santo que la bendixese como Esposo y cabeza. El varon de

Dios lo hizo por impulso divino, y ella le besó la mano con que la bendixo.

¡Qué contraste, señores, de humildad, de amor, de piedad y de religion! Bendixola el Santo casi con las mismas palabras del cántico de la Señora, y convirtiéndose ácia Jesucristo, quiso ponerse de rodillas para hablarle; pero Jesus le recibió en sus brazos, y teniendo la cabeza reclinada en ellos, le dixo: Señor y Dios altísimo, Hijo del eterno Padre, Criador y Redentor del mundo, dad vuestra bendicion eterna á vuestro esclavo y hechura de vuestras manos: perdonad, Señor, las culpas que como indigno he cometido en vuestro servicio y compañía... El Redentor le dió la bendicion y le dixo: Padre mio, descansad en paz y en la gracia de mi Padre celestial y mia; y á mis profetas y santos que os esperan en el limbo daréis alegrés nuevas de que

se acercá ya su redencion. En estas palabras y en los brazos de Jesus espiró el felicísimo Josef, y su Magestad le cerró los ojos. Los ángeles entonaron dulces cánticos, y acompañaron su alma hasta el limbo de los padres.

Hé aqui la dichosísima muerte del justo Josef, este varon extraordinario, el mas favorecido y el mas fiel á Dios. Elevado por el Señor á la altísima dignidad de su Padre putativo, su nutricio y su defensor; elegido desde la eternidad para verdadero Esposo de su santísima Madre, su tutor y gefe de la familia del Señor sobre la tierra, como siervo fiel y prudente cumplió los deberes de tan alto ministerio, lleno siempre de confianza en su Dios, de fervor en su obsequio y en el de su santa Esposa, pernoctando con frecuencia en la oracion y contemplacion de los altísimos misterios de la redencion del mundo, hu-

millado hasta el polvo de la tierra, como si fuese el mas despreciable de los hombres; siempre casto, siempre puro, siempre solícito de su salvacion, y conforme en todo con la voluntad de su Dios, logró por su fidelidad que su muerte fuese preciosa á sus ojos, y que le adornase con la corona de justicia que tiene prometida á los que le adoran en espíritu y verdad.

Solo resta, señores, que no seamos ociosos admiradores de la vida, méritos y exáltacion de Josef. Hombre fue como vosotros, sujeto á las mismas pasiones, expuesto á los mismos peligros y combates: imitadle pues como podeis, con el auxilio de Dios; tomadle por especial protector para obtener una muerte feliz en el ósculo santo del Señor. No mireis con indiferencia el negocio árduo y único de vuestra salud eterna, que depende de perseverar fieles en el servicio de Dios

hasta aquel terrible momento.

Vos, santísimo Patriarca, custodio de la casa y familia del Señor, y protector de su iglesia, desde el alto sólio de grandeza á que la gracia de Dios y vuestros méritos os han elevado, arrojad una mirada favorable sobre vuestros devotos. Bien podeis conocer las aflicciones que nos cercan, los males que nos rodean por nuestros pecados: alcanzadnos del Todopoderoso una gracia triunfante y victoriosa que disipe las tinieblas de nuestro entendimiento, que sujete la rebeldía de nuestro corazon, que nos haga dóciles á la voluntad de Dios, celosos de su religion, y fervorosos en su amor durante la vida, para gozarle y alabarle en la eternidad. Amen.

DIXE.

DISCURSO DOGMÁTICO

SOBRE LAS INDULGENCIAS,

contra los libertinos de nuestro siglo.

Spiritus Domini super me... ut mēderer contritis corde, et prędicarem indulgentiam, et clausis apertionem. Isai. LXI. 1.

Lutero, este genio audáz, violento y esclavo de las más vergonzosas pasiones, abrió la infeliz carrera de sus errores oponiéndose á un dogma de la religion, fundado sobre escritura y la tradicion, y recibido universalmente por la igle-

sia hasta su tiempo. Hablo de las indulgencias, que con tanto desprecio miran los pseudo-críticos y libertinos de nuestros días, atribuyendo su uso al fanatismo del clero y á la preocupación del pueblo; mas osados en esta parte que su mismo gefe.

Éste en efecto, dice un sabio apologista, no abrió la carrera ó plan de su pretendida reforma por solemnes invectivas y sarcasmos contra las indulgencias, como los sciolos de nuestro siglo. El interes, la emulacion y su nuevo sistema de doctrina le sugirieron motivos bien diferentes. Contentóse al principio con atribuir las indulgencias á una mera invencion de la media edad, sin apoyo, vestigio, ni aun nombre en la antigüedad. Con esta falsedad, proferida con audacia y el fuesgo de su expresion, logró Lutero engañar gran parte del pueblo incauto é ignorante; y adulando

en seguida las pasiones de los grandes, obtuvo el favor de muchos de ellos y de algunos príncipes, que le sirvieron de asilo para sembrar impunemente sus errores. Turbó la iglesia en una gran parte de Europa, causándole la mayor desolacion y la deplorable desercion de muchos de sus hijos. Esta tierna madre, asistida siempre y dirigida por el Espíritu Santo, condenó solemnemente este error en el concilio general de Trento por estas formales palabras: "Habiendo Cristo concedido á la iglesia la potestad de conceder indulgencias, y habiendo ella usado desde los tiempos antiquísimos de una tal potestad concedida por Dios, enseña y manda el sacrosanto concilio que se retenga en la iglesia el uso de las indulgencias, saludable en gran manera al pueblo cristiano, y aprobado por autoridad de los sagrados concilios; y anatematiza á los que afirman que las indulgencias

son inútiles, y á los que niegan á la iglesia la potestad de concederlas."

Y para que nuestros hermanos descarriados no imaginen que un tal decreto carece de apoyo sólido, y observen á primera vista la insigne falsedad con que su maestro atribuyó á la media edad el uso de las indulgencias, oigan lo que en persona de Jesucristo dice el profeta Isaías: *el Espíritu del Señor sobre mí, he sido enviado á evangelizar á los mansos, para curar á los contritos de corazón, para predicar la indulgencia á los cautivos y la libertad á los encarcelados.* En el sentido gramatical hace alusion el profeta al año del jubileo, en que los esclavos quedaban libres y todos los débitos perdonados en el pueblo de Dios. Alude tambien á la libertad de la cautividad de Babilonia; pero en el sentido espiritual significa la libertad del pueblo cristiano de la es-

clavitud del pecado, obrada por la Sangre de Jesucristo, y la potestad que concedió á su esposa la iglesia para absolver á sus hijos penitentes y usar de indulgencia con los contritos de corazon.

El jubileo de la ley de gracia debia ser mas precioso que el de la ley escrita. En éste se perdonaban las deudas contraidas entre los hombres por sus contratos civiles, y se concedia la libertad personal; mas por la indulgencia ó jubileo del cristianismo, al verdadero penitente se le perdona lo que debe á la justicia de un Dios ofendido; se convierte en templo vivo del Espiritu Santo, libre de la esclavitud de la culpa, y remitida la pena temporal correspondiente á la ofensa, nada queda en él que le impida en aquel momento la entrada á la herencia de los bienes eternos. Mas claro; la absolucion sacramental desata los vínculos del pecado que nos

ligaban al infierno, haciéndonos entrar en el derecho de hijos de Dios, que habiamos perdido por la culpa; pero la indulgencia plenaria nos procura la gracia de satisfacer enteramente á Dios, á quien habiamos ofendido. Todas las penas temporales debidas á nuestros pecados para satisfacer á la divina justicia, son remitidas á los fieles verdaderamente contritos de corazon, por medio de esta indulgencia. Pero de esto hablaré mas latamente despues cuando trate de las disposiciones para ganarla.

Entretanto fixemos el dogma en la escritura, en la tradicion y disciplina de la iglesia. La palabra *indulgencia* en el sentido moral tiene su origen en la santa escritura. En el lenguaje comun significa *el perdón de alguna falta concedido por gracia y por una relaxacion de los derechos de una justicia rigurosa*. En este sentido dixo el Salvador por

Isaias en las palabras de mi tema, que vendria á anunciar á los cautivos la indulgencia de los delitos que los tenian detenidos. S. Lucas, citando estas palabras del profeta, las explica por la voz *remision*, sinónima de *indulgencia*; y S. Pablo, mitigando un poco las reglas que prescribe sobre el uso del matrimonio, dice que lo hace por condescendencia respecto de los frágiles. *Hoc autem dico secundum indulgentiam*. En el mismo sentido usan de esta voz Tertuliano, Orígenes, San Cipriano, S. Gerónimo, S. Agustin, y aun el mismo derecho civil.

Mas para demostrar la cosa á fondo acerquémonos á examinar los augustos monumentos de nuestra sagrada religion. Jesucristo, fuente y origen de las misericordias, nos dió los primeros exemplos de indulgencia. Aqui vemos á la pecadora del evangelio, que postrada á sus piés recibe la indulgencia ó remision de

todos sus pecados en fuerza de su amor. Alli vemos á un paralítico conducido por cuatro hombres sobre su lecho, es curado y perdonado de sus pecados en premio de su fe, sin imponerle penitencia alguna. Aqui conducen á su presencia una muger cogida en adulterio, y que segun la ley debia morir apedreada. Observa el Salvador viene corrida de vergüenza y llena de confusion, sin otra esperanza que su divina clemencia. *Muger*, la dice, ¿nadie te ha condenado? *Nadie*, Señor, responde: *Ni yo te condenaré: vete, y no quieras pecar mas*. Alli el príncipe de los apóstoles le niega tres veces conforme á su vaticinio; pero atendiendo con misericordia á la sorpresa y fragilidad del discípulo, arroja sobre él una mirada favorable, le perdona su culpa, y lo restituye á su gracia. Aqui el buen Ladron crucificado á un lado de Jesucristo reprehende al cómplice de su de-

lito y suplicio. Tú, le dice, *no temas á Dios que te castiga. Por lo que á nosotros hace padecemos justamente; pero este no ha hecho mal ninguno.* Estas solas palabras que la fe habia puesto en su corazon y en sus labios le hicieron digno del perdon y de la promesa de entrar aquel dia mismo en el paraíso. Allí vemos á un Saulo que marchando en comision de la sinagoga á Damasco á traer prisioneros á Jerusalén á los verdaderos creyentes, postrado en el camino á la voz de Jesucristo es convertido en un momento de perseguidor implacable de la iglesia en vaso de eleccion y apóstol de las gentes.

Estos actos de misericordia obrados por el Salvador á favor de los pecadores penitentes, quiso que los apóstoles y sus sucesores tuviesen la potestad de ejercerlos á su imitacion. No se contentó, dice un sabio, con darles una especie de om-

nipotencia para curar toda suerte de enfermedades y arrojar los demonios, sino que la extendió sobre las almas para que pudieran en su nombre purificarlas de sus manchas. Todo lo que ligáreis sobre la tierra, les dice, será desatado sobre el cielo; y todo lo que desatáreis sobre la tierra, será ligado sobre el cielo. Hé aqui dos cosas necesariamente unidas. Si los apóstoles recibieron de Jesucristo la potestad de ligar las conciencias segun que la prudencia del Altísimo les inspirase, se sigue que recibieron igual poder para desatarlas y absolverlas cuando las hallasen dignas por las santas disposiciones que en ellas viesen: juicio que pertenece á la iglesia, y que lo exerce por medio de sus ministros.

Supo en efecto S. Pablo que entre los fieles de Corinto habia uno que vivia públicamente con la muger de su padre. Excomulga el apóstol á este incestuoso en nombre de

Jesucristo, y lo entrega á satanáas. La nueva iglesia llena de fervor se aflige, y el incestuoso llora su pecado con toda la amargura de su corazón. Informado S. Pablo y tocado de la desolacion en que se hallaban los fieles de Corinto y su hermano culpable, les dice en su segunda carta: *bástale al que es tal está reprehension hecha por muchos; y al contrario debeis ahora usar con él de indulgencia y consolarle, no sea que sea consumido de demasiada tristeza; por lo qual os ruego que le deis pruebas seguras de caridad, pues yo si algo he condenado, lo he condenado por vosotros en persona de Cristo.*

Hé aqui las instrucciones que sirvieron á la iglesia de principios y de regla para la dispensacion de las indulgencias. Este cristiano es reo de un delito escandaloso. S. Pablo lo reprehende públicamente y lo excomulga. Los cristianos de Corinto

se edifican de la vehemencia de su dolor. Avisan de ello al apóstol; oran á Dios, y ruegan por su hermano. Pablo se conmueve al considerar el deplorable estado de este penitente, y penetrado de los sentimientos de caridad que animan á la iglesia y á sus verdaderos pastores, usa con él de indulgencia y le perdona, no sea que satanáas acabe de perderle arrojándole en desesperacion. Lo perdona atendiendo á los ruegos que los justos han dirigido al cielo por él; del mismo modo que Jesucristo concedió la salud y remision de sus pecados al paralytico por la fe é instancias de los que lo presentaron. El apóstol abuelve al incestuoso en Nombre y Persona de Jesucristo, para enseñarnos que es la única fuente de perdon y de misericordia, y que todo lo que en este género hacen los hombres trae su origen del Salvador, de su potencia y de sus méritos.

Exponiendo el Crisóstomo este pasage del apóstol, observa que no reconcilió al incestuoso como si hubiese hecho una penitencia correspondiente á su delito, sino haciéndole la gracia de abreviarle el tiempo porque vió el peligro de desesperacion á que estaba expuesto. De donde infiere que la penitencia no siempre debe medirse por la naturaleza y gravedad del pecado, sino atendiendo al carácter, estado y fervor del penitente. *Ea re docemur, quod non solum ad peccati naturam, verum etiam ad mentem, habitumque peccantium, oporteat moderari penitentiam.*

Esta fue la práctica que los cristianos primitivos aprendieron de los apóstoles, á quienes miraban como gefes, altamente persuadidos á que su disciplina venia de Jesucristo, y que los animaba el espíritu de verdad. Esta es la idea que debemos concebir de las tradiciones apos-

tólicas. En Roma y Africa, donde corrieron bien presto las epístolas de S. Pablo, teniendo presente su conducta con el incestuoso en consideracion á las oraciones de los fieles de Corinto á favor de este criminal y á sus lágrimas de compuncion, refiere Tertuliano que habiendo muchos cristianos tenido la infelicidad de dexarse vencer por miedo de los tormentos y ofrecer incienso á los ídolos, fueron separados de la participacion de los santos misterios; pero que habiendo implorado la mediacion de los fieles que estaban en cadenas y habian ya sufrido las primicias del martirio, obtenida su recomendacion, lograron que la penitencia que hacian ya con fervor se les abreviase, y que la iglesia los restableciese á su comunion. Lo mismo consta de las epístolas de S. Cipriano.

El santo concilio niceno ordenó fuese permitido á los obispos

abreviar según lo juzgasen á propósito la penitencia canónica de los fervorosos en su carrera, con entera prohibición en orden á los tibios. La misma ley impusieron por estos tiempos los concilios ancirano y laodiceno, y S. Basilio la repitió en su regla. Disciplina constante y práctica generalmente recibida en la iglesia universal, como testifica el santo concilio de Trento después de los primitivos y del testimonio de los padres.

Los pretendidos reformadores se burlan de nosotros y nos insultan cuando nos oyen decir que el fundamento sobre que estriban las indulgencias es un tesoro espiritual inagotable compuesto de los méritos de Jesucristo y de sus santos, cuyo depositario es la iglesia; de cuyo depósito tiene facultad de usar para suplir la flaqueza ó impotencia de sus hijos, que no se hallan en estado de hacer todo lo que

les inspira (son palabras de un sabio apologista) la buena voluntad y fervor de penitencia; porque solo estos, como diré después, son capaces de participar de la indulgencia. Reflexemos brevemente sobre este inagotable é infinito tesoro para poner el dogma á cubierto de las cavilaciones de los protestantes y charlatanes de nuestros días.

Con arreglo al decreto que Dios formó de reconciliar el cielo con la tierra, cargó sobre su Unigénito la execucion de esta grande obra, enviándole al mundo en semejanza de pecador. El Verbo tomó carne en el vientre virginal de una doncella por obra del Espíritu Santo. Venida la plenitud del tiempo apareció sobre la tierra. Todo cuanto hizo, todo cuanto padeció, fue de un valor infinito, como acciones y sufrimientos de un Hombre Dios, capaces no solamente de expiar todos los pecados pasados, sino tam-

bien todos los que se cometieran en infinitos mundos si posibles fuesen. Son pues inagotables los méritos de su preciosa Sangre derramada por todos los hombres. El Bautismo da un derecho especial á los cristianos, pues por él se hacen miembros vivos del cuerpo místico de Jesucristo y templos dignos del Espíritu Santo. Los méritos del Salvador se destinan desde este momento á favor de ellos, y solo se necesita que se les comuniquen por los canales que estableció en su iglesia.

Esta union de los fieles con Jesucristo, su propiciacion y su cabeza tiene anexa otra inefablemente ventajosa, cual es la union de los fieles entre sí, como miembros de un mismo cuerpo y animados por el mismo espíritu. Si uno de los miembros, dice el apóstol, padece, todos los demas padecen con él; si uno de los miembros recibe honor, los otros se

regocijan con él. Hé aquí el principio de aquel artículo del símbolo que nos enseña la comunion de los santos. Los débiles pues en virtud, pero que tienen el corazon recto, participan de las buenas obras de los perfectos; y lo que estos han padecido por Dios, ya sea fuera del curso de los sucesos naturales, ya sobre lo que habian merecido por sus propias faltas, acrece por la comunicacion de los bienes espirituales á beneficio de sus hermanos en Jesucristo, á quienes no se ha concedido adquirir tan grandes ventajas. Tales son los méritos no solamente del Salvador, sino de su santa Madre, de su familia, del santo Precursor, de tantos mártires arrebatados en su pequeña edad, de tantos solitarios que han pasado sus dias en el exercicio de las virtudes mas sublimes y en las mas duras penitencias, sin haber apenas conocido el mal; y esto es lo que llama-

mos tesoro de la iglesia y fondo inagotable de sus indulgencias.

Pero estamos bien distantes de confundir objetos tan diferentes entre sí. En efecto, este tesoro en su fondo no es otra cosa que la satisfacción infinita y superabundante de Jesucristo; tesoro inagotable, siempre suficiente, y que no puede recibir aumento por los méritos de la santa Virgen y demás santos, porque sus méritos no tienen mas valor ni precio que el que reciben de Jesucristo.

Cuando decimos pues que los méritos de la Madre de Dios y de los santos son parte del tesoro que la iglesia comunica á sus hijos, entendemos que la satisfacción del Salvador tiene tanta virtud y eficacia, que hace que los méritos de los santos sean dignos de ofrecerse á Dios con los de Jesucristo. La pasión del Salvador, dice S. Ambrosio, no necesita del auxilio de los

santos para ser eficaz y satisfacer superabundantemente por nosotros: *Christi passio adjutorio non eguit*. Todo lo que se admira de grande, de excelente, de divino en estos héroes de la religion, no tiene otro principio ni origen que la gracia de Jesucristo. De este sagrado manantial dimanar todos los méritos que corona en el cielo. Y cuando la iglesia los comprehende en el tesoro de las indulgencias es en calidad de intercesores que nos ayudan por sus ruegos y por el valimiento que tienen con Dios para conseguir nos haga participantes de los méritos de su Hijo.

Supuestos estos principios del catolicismo sobre la materia, es facil responder á las cavilaciones de Lutero, Calvino y sus secuaces contra el dogma. Calvino dice que la Virgen y aun los mártires, atendidas sus virtudes y su constancia en los sufrimientos, no han hecho

otra cosa que lo que debian; y asi nada resulta en favor del tesoro. ¡Ridícula objecion! Nosotros confesamos abiertamente que el origen y fondo de este inagotable tesoro son los méritos de Jesucristo, que se digna asociar á ellos los de sus siervos, como efectos propios de su gracia, lo que basta para hacerlos superabundantes. Ademas, si solo se considera lo que un Dios infinito merece, nada han hecho los santos sino lo que deben hacer; y despues de haberlo hecho, deben confesar con el apóstol que son siervos inútiles: pero si atendemos á la satisfaccion que exigen sus pecados, han hecho á veces más que lo que debian expiar.

Atendiendo pues la iglesia á la vida de María santísima, concebida sin mancha de pecado original, á que recibió por primicias la plenitud de gracia, y á que es de fe que jamas cometió culpa ni defecto al-

guno; mira sus sufrimientos, sus humillaciones, sus virtudes, por méritos dignos de ser ofrecidos con los de Jesucristo, de quien tienen el precio por nuestros pecados. Lo mismo respectivamente debe entenderse de la penitencia del Bautista, santificado en el vientre de su madre; de los tormentos de los mártires muertos en defensa de la fe. La historia de la mas venerable antigüedad nos testifica con S. Cipriano que los mártires concedian indulgencias á los penitentes; y los de Leon, como nos enseña la historia, la concedieron á muchos de los que habian apostatado de la fe en la persecucion.

No es menos despreciable la acusacion que nos hace Calvino cuando dice que los católicos confundimos los méritos de los santos con los de Jesucristo en el tesoro de la iglesia. ¡Asercion ridícula! Cuando anumeramos los méritos de los san-

tos á los del Salvador, es para rendirle el homenaje que les es debido, confesando que son sus propios dones, y alabando la magnificencia de su gracia, para explicarme con palabras de S. Pablo: *in laudem gloriae gratiae suae*. Cuando él mismo dice en su carta á los de Éfeso que los apóstoles y ministros del evangelio son cooperadores de Dios, *Dei enim sumus adiutores*, no quiere decir que el Señor necesita del auxilio del hombre cuando quiere hacer alguna cosa, sino que se digna servirse de él, sostenerlo por su gracia, y aun recompensar sus méritos. En este sentido son los de los santos parte del tesoro de la iglesia.

Igualmente falso es que la aplicación de los méritos de María santísima y de los santos al tesoro de la iglesia sea injuriosa á los méritos y satisfaccion de Jesucristo, como osan blasfemar nuestros ene-

migos. Nosotros solo tenemos un Redentor: él solo satisfizo plenamente nuestros pecados: él solo nos reconcilió con su Eterno Padre. Jesucristo, dice S. Pablo, se constituyó nuestra justicia y nuestra redencion: *factus est nobis justitia et redemptio*. Por consiguiente, poner nuestra confianza en otros méritos que los suyos; creer que los méritos de la Virgen y de los santos son suficientes para remitir las penas debidas á nuestros pecados con independencia de los de Jesucristo; decir que se unen á los de este adorable Salvador, porque estos no bastan por sí mismos, necesitando del auxilio de los de sus siervos, sería avanzar errores, y tendrían los protestantes razon de acusarnos.

Pero no es este el espíritu de la iglesia en la exposicion de este dogma. Ella solo reconoce un Redentor, que es Jesucristo, solo el cual puede satisfacer por nuestros

pecados. Si algunos católicos, como reflexiona un sabio, han llamado á los santos nuestros libertadores, ha sido en un sentido lato, como cuando se lee en el salmo: *Yo he dicho, vosotros sois dioses: ego dixi, dii estis*; porque así es como el Espíritu Santo llama á los magistrados y á los jueces, en el sentido que lo entendía el apóstol cuando dixo: *yo me he hecho todo para todos, para salvarlos á todos: omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.* ¿Cómo pretenderia decir que era su Salvador y Redentor el que sabiendo las parcialidades que habia entre los corintios los reprehende diciéndoles: por ventura Apolo, Cefas ó Paulo han sido crucificados por vosotros: *nunquid Paulus crucifixus est pro vobis?* Los méritos pues de la santa Virgen y de los santos que la iglesia reconoce como parte del tesoro de indulgencias que abre á sus hijos, no hacen injuria alguna á la

satisfacción de Jesucristo. Antes por el contrario retribuyen un luminoso homenaje á sus méritos infinitos y superabundantes; porque ellos solos los han hecho dignos de ser ofrecidos á Dios, origen de todo lo bueno y meritorio.

Es pues necesario, como ya he insinuado, considerar dos cosas en lo que han obrado los santos. El mérito y la satisfacción. Ellos jamas han podido merecer mucho; pero muchos de ellos han hecho mas de lo necesario para expiar sus pecados. Así en cuanto á la satisfacción tienen méritos abundantes que la iglesia nos aplica en el jubileo; y esta aplicación de méritos de los santos no hacen injuria á la satisfacción de Jesucristo, porque reconocemos que ella es su fuente y origen, á quien pertenece todo lo que los santos tienen de sublime y heroico; y que son sus propios dones los que Dios quiere aceptar, recompensar

y aplicarnos por indulgencia.

Por el enlace de estas verdades se conoce facilmente que el tesoro espiritual arriba explicado, fondo y manantial inagotable de las indulgencias, no es injurioso á Jesucristo, y que el Señor lo ha confiado á la iglesia, que es su cuerpo, á quien todos los bienes de la salud pertenecen, y á quien dotó de todas sus riquezas desposándose con ella. El espíritu de caridad que la anima y la dirige le inspira de parte de este tesoro á sus hijos cuando lo juzgue á propósito para su salud; y es menester ser poco susceptibles de las miras de Dios, para no admirar en esta parte su sabiduría y su misericordia.

Tampoco infiere injuria á Jesucristo, como pretenden los nuevos reformadores, la satisfaccion que la iglesia pide de sus hijos los fieles. Ella se ha mirado siempre como parte del sacramento de la recon-

ciliacion. Este no es un dictámen particular ó una opinion de escuela. Al contrario es una verdad emanada del mismo Jesucristo, predicada por sus apóstoles y sucesores, confesada en los mas solemnes y más santos concilios.

Calvino no obstante, como reflexiona un sabio, baxo el pretexto de tributar homenaje al Salvador, ha impugnado las obras satisfactorias. Error que la iglesia ha condenado como contrario á los fundamentos puestos por el mismo Jesucristo. En efecto, si la iglesia mirára las disposiciones de los penitentes ó los santos rigores que exige de los pecadores convertidos como necesarios para que los méritos del Salvador sean suficientes para conseguir la gracia de la reconciliacion, Calvino tendria razon; porque siendo los méritos de Jesucristo infinitos, no necesitan de auxilio para ser eficaces, según la expre-

sion de S. Ambrosio. Pero esta nuestra madre, infalible en sus determinaciones, solo exige del pecador estos santos rigores ó disposiciones para conformarse á los designios y voluntad de Dios en el plan mismo de nuestra reconciliacion.

Y si se me pregunta cuáles fueron los designios del Salvador al morir por nuestros pecados, os diré con el evangelio que fueron tener discípulos de su Cruz, hombres de humillacion, de lágrimas, de austeridades y penitencia; hombres que sepan vengar quanto les sea posible sus pecados, y que procuren expiarlos por una rigurosa mortificacion. *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* ¿Ignoraba Jesucristo por ventura que sus méritos eran infinitos? ¿O se proponia acaso que le sirviesen de injuria las obras satisfacto-

rias que ordenaba? ¿A qué fin nos impuso el precepto de llevar la cruz y sufrir? ¿Seria porque sus sufrimientos no eran suficientes para salvarnos? Porque S. Pablo dice que suplía en su carne lo que faltaba á la pasion de Jesucristo, ¿seria esto decir que el sacrificio del Salvador era imperfecto é insuficiente por sí mismo para obrar nuestra salud? ¿Lejos de nosotros semejantes blasfemias! Jesucristo padeciendo por nosotros no quiso dispensarnos de padecer, segun las santas escrituras. Al contrario, quiso que sus discípulos le siguiesen con su cruz, y que los méritos de su pasion y muerte se nos aplicasen baxo esta condicion.

Nadie en efecto ignora que predicando los apóstoles penitencia despues de la muerte del Salvador, exigen lágrimas, oraciones, ayunos y limosnas. ¿Ignoraban por ventura que los méritos de Jesucristo eran

infinitos? Nada menos. Mas habian aprendido de su Maestro que era necesario que el pecado fuese expiado en este mundo ó en el otro; sabian que las obras satisfactorias que el penitente practica, y que la iglesia exige de él, no hacen injuria á los méritos infinitos de Jesucristo, como no la hicieron las lágrimas de David, de la pecadora del evangelio, las de S. Pedro, ni las mortificaciones de S. Pablo, y las de tantos otros penitentes que habian ya recibido la absolucion de sus pecados.

Este rigor de la iglesia no es una severidad de capricho, de humor ó de ostentacion, como la de los fariseos, que imponian sobre los demas fardos que ellos rehusaban llevar. Sabemos que en todos los siglos ha condenado la conducta de ciertos novadores que cerraban el cielo á los pecadores arrepentidos, negándoles la absolucion de algunos pecados baxo el pretexto de hacer-

les sentir todo su peso. Esta piadosa madre, esposa siempre fiel de Jesucristo, que buscaba á los pecadores, que los recibia con alegría y los acariciaba; la iglesia, digo, jamas los arroja con una severidad demasada, ni por afectadas dilaciones. Pero sabe que aunque el pecador sea absuelto de su pecado en cuanto á la ofensa, es aún deudor á la divina justicia en cuanto á la pena temporal que merece su pecado en esta vida ó en la otra. Con este motivo exhorta al penitente á que practique las mortificaciones que pueda para satisfacer á un Dios ofendido.

Esta es la doctrina del santo concilio de Trento, sobre la cual hace un sabio apologista las siguientes reflexiones. I. Este santo concilio dice que los efectos del sacramento de la Penitencia son diferentes de los del Bautismo: *alius Baptismi, alius penitentiae fructus*. Por el Bau-

tismo nos revestimos de Jesucristo, nos convertimos en una nueva criatura, y recibimos una total remisión de nuestros pecados á culpa y á pena. Mas por el sacramento de la Penitencia no podemos obtener esta total y entera renovacion sin muchos gemidos y grandes trabajos: *sine magnis fletibus et laboribus*; porque la justicia divina exige, continúa el santo concilio, que vengamos sobre nosotros mismos los pecados que hemos cometido despues del Bautismo: *divinâ id exigente justitiâ*. Cuando la iglesia pues exige de nosotros obras satisfactorias, lágrimas, gemidos, ayunos, mortificaciones, limosnas y todos los rigores de que seamos capaces, solo nos pide lo que exige la divina justicia á los pecadores que pretenden ser enteramente renovados: *divinâ id exigente justitiâ*.

II. Este santo concilio llama Bautismo laborioso á la Penitencia: *Pœ-*

nitentia laboriosus Baptismus; y aprueba y alaba á todos los santos doctores que asi la han denominado. Quitadas en efecto las obras satisfactorias, la santa severidad que la iglesia impone á sus hijos para satisfacer á la divina justicia en este mundo, ¿qué diferencia habria entre el Bautismo y la Penitencia? ¿Cómo seria ésta un Bautismo laborioso? ¡Ah! para entrar en la primera integridad son necesarios segun la fe grandes gemidos y trabajos; de los cuales no nos dispensan las indulgencias ni jubileos.

No es dificil comprehender cuáles son los rigores de que somos capaces por nosotros mismos para pacificar á un Dios ofendido por el pecado. Mas por grandes que ellos sean, jamas podrán satisfacer plenamente á la divina justicia sin estar adheridos á los méritos de Jesucristo. Toda la suficiencia, la fuerza, la eficacia de nuestra peniten-

cia viene de un Dios Salvador : de su Sangre saca su precio y su valor : ella es la que lleva estos rasgos divinos , que mueven á un Dios ofendido , que lo aplacan , lo desarmen y le satisfacen : *sufficiencia nostra ex Deo est*. Si consideramos nuestro propio fondo , dice el santo concilio , nada podemos por nosotros mismos ; pero si atendemos á los poderosos auxilios de un Dios Salvador , que nos ayuda y nos fortifica , lo podemos todo : *ex nobis tanquam ex nobis nihil possumus : eo cooperante , qui nos confortat , omnia possumus*.

Atendidos estos principios , que son los de la religion sobre la materia , digo que nosotros somos incapaces por nosotros mismos de aquella rigurosa satisfaccion que Dios exige despues del pecado , y que sin la aplicacion de los méritos de Jesucristo , nuestras lágrimas , ayunos , oraciones , mortificaciones , limosnas

y demas obras de que somos capaces , serian insuficientes. ¿ Quién sabe en efecto si ofendido Dios infinitamente por el pecado estará enteramente satisfecho en la muerte del pecador , aunque éste haya pasado muchos años en dura penitencia ? ¿ Quién sabe si le quedarán aún reliquias de sus pecados que expiar en el purgatorio ? La ventaja pues del jubileo consiste en remitir todas estas penas temporales correspondientes á nuestros pecados , aplicándonos los méritos de Jesucristo y de los santos en el sentido ya explicado. Pero esta indulgencia no nos dispensa de las austeridades de que somos capaces , ni nos exceptúa de llorar nuestros pecados , detestándolos y expiándolos segun nuestra debilidad.

Por falta de la debida instruccion sobre esta materia quedan muchos privados de la indulgencia. Atienden únicamente á las condicio-

nes extraordinarias que exige el sumo pontífice para ganar el jubileo; es decir, á las estaciones y oraciones que la bula prescribe; pero no atienden á lo mas esencial, sin lo cual no se pueden ganar. Tal es el dolor de los pecados; pues solo á los verdaderamente contritos se concede la indulgencia, como consta de las mismas bulas.

Lo que los padres y los papas no habian tenido ocasion de decir acerca del tesoro espiritual, origen de las indulgencias, lo descubrió Clemente vi., manifestando á los fieles lo que la iglesia habia creído y practicado en todos los siglos. Por repetidas instancias de los cristianos publicó en el año 1350 el jubileo universal, que tocaba al año 1400, segun la disposicion de Bonifacio viii. en el año 1300. Conociendo pues Clemente vi. que son pocas las personas que viven un siglo, accedió á los ruegos de los

fieles, y determinó se concediese el jubileo cada cincuenta años. Pero es muy digna de atencion esta bula, porque en ella nos da el papa una idea clara del principio y origen de las indulgencias, que es el Verbo de Dios hecho Hombre, de quien solo podemos esperar el perdón de nuestras faltas por la Sangre que derramó. En efecto, continúa el pontífice, á fin de que el testimonio de una misericordia que jamas comprenderemos no quedase inútil y sin fruto, adquirió por sus méritos á la iglesia militante un tesoro, del cual quiere este Padre caritativo se aprovechen sus hijos; tesoro de infinito valor, y que enriquece de bienes espirituales á los que usan de él. Este tesoro ni está liado en un lienzo, ni escondido en la tierra. Desde luego fue confiado á san Pedro y sus sucesores, vicarios de Jesucristo, para que lo repartiesen á los fieles; pero ellos no deben

abrir este tesoro sino por razones justas y valederas para conceder en todo ó en parte la remision de las penas temporales debidas al pecado á los que fueren verdaderamente *penitentes y absueltos*, y en cuánto pueda presumirse sea agradable á Dios esta dispensa. Y hé aqui la precaucion misma que ordenó despues la iglesia universal en el concilio de Trento, cuando dice desea se tenga moderacion en el uso de conceder indulgencias, conforme á la antigua y probada costumbre de la iglesia, no sea que por la nímia ó demasiada facilidad eclesiástica se enerve la disciplina. Desea ésta prudente madre corregir los abusos que han dado en esta parte ocasion á los hereges para blasfemar del dogma, mandando á los obispos que velen sobre la correccion de los abusos en la materia. A este tesoro de los méritos del Salvador, añade Clemente VI, están unidos los de su

bienaventurada Madre y de todos los santos, desde el primero hasta el último de los justos. Por frecuente que sea el uso que de este tesoro se haga, no hay que temer se disminuya, ni que jamas se apure: por el contrario se aumentará á proporcion del mayor número de fieles que en él hubieren hallado su santificación.

Cuando la bula dice que la potestad de conceder indulgencias fue dada á S. Pedro y á los papas sus sucesores, habla de las indulgencias plenarias y generales que se extienden á toda la iglesia, como la del jubileo y otras; pues segun la mas antigua disciplina es indudable que los obispos han exercido este derecho en su diócesis todas las veces y del modo que han tenido por conveniente, sin recurso á los papas. El exemplo de S. Cipriano es una prueba convincente de ello. Es verdad, como reflexiona un canonista,

que los concilios de Basilea y de Viena con otras autoridades, quejándose de que los obispos multiplicaban y extendian demasiado las indulgencias con grande agravio de la penitencia y disciplina de la iglesia, limitaron sus facultades á cuarenta dias de indulgencia. Mas esta misma limitacion hecha á los obispos confirma el derecho en general.

Pero ciertos racionadores importunos dicen: despues de tantos siglos de estar derogadas las penitencias públicas, ¿á qué fin abusar de la credulidad de los simples, prometiéndoles cuarenta dias, un año, y á veces siete ó veinte años de penas canónicas, cuando ya no se trata de ellas, cuando nada hay que anuncie su restablecimiento, y cuando el pueblo totalmente ignora en lo que consistian?

¡ Ah hermanos errantes! No es engañar á los simples, sino hablarles de ciertas verdades que no cono-

cen, por mas que se trabaja en instruirlos. En el tiempo en que la penitencia pública fue derogada, todo el mundo sabia las reglas, ó por práctica ó por la lectura de diferentes artículos, cuyas tablas estaban expuestas en todos los tribunales de las iglesias y á la vista del público; ni habia quien ignorase lo que significaban tantos años ó dias de remision. Los obispos han conservado el estilo antiguo, tal vez para servir de memorial á la posteridad, cuando el público ha olvidado hasta la significacion de los términos. Nosotros somos los que por desidia hemos caido en la ignorancia: la iglesia ha perseverado la misma en su language y en sus disposiciones.

Es pues visible que se discurre mal cuando se dice que las indulgencias son inútiles despues de la abrogacion de las penas canónicas, de las cuales eran una especie de

suplemento. Al contrario las indulgencias de la iglesia, dice un sabio, son hoy mas necesarias que en los siglos de fervor; porque entonces no habia relaxacion sino con los penitentes que habian ya cumplido con edificacion una parte considerable de la carrera penitencial que se les habia impuesto. Esta parte en efecto, exáctamente cumplida, era mucho mas dura y mas meritoria que todas las oraciones y menudas prácticas que se nos imponen en el día á titulo de penitencias satisfactorias.

Por lo demas no nos inquiete el saber hasta dónde se extiende la indulgencia por la suputacion de dias ó de años. Esta curiosidad seria del todo inútil. Bástanos saber que la iglesia, prometiéndonos la relaxacion de las penas en virtud de nuestro fervor en obras expiatorias, nos la procurará ciertamente en la parte que hubiéremos merecido.

“En los bellos dias de la iglesia,

como observa Morino, los obispos querian ante todas cosas asegurarse de la penitencia que se habia hecho, como preliminar esencial á la gracia de la indulgencia. En el primer año de la carrera penitencial casi nunca se concedia relaxacion alguna de penas canónicas, y rara vez el segundo ó tercero. Todo lo que los penitentes podian conseguir se reducía á ciertos lenitivos del gran rigor. Aun esto se concedia con dificultad en las tres pequeñas cuaremas del año, y jamas durante la grande antes de la pascua. El cuarto año empezaba el obispo á ser mas accesible. Pero esta mitigacion no se extendía á la entera remision de los años que restaban por cumplir: la indulgencia iba por grados. El día en que habia obligacion de observar un grande ayuno dispensaba el obispo baxo la condicion de dar de comer á dos ó tres pobres, ó el valor de lo que para ello era menes-

ter, ó de hacer tales ejercicios de día ó de noche, ó de mandar decir tantas Misas. En otras ocasiones conmutaba el obispo el resto de la penitencia canónica en otras buenas obras por tantos días, meses ó años."

"Acia el siglo x se mudaron las penas canónicas en obras que se creían contribuir al bien de la religion. De esta clase fueron las cruzadas, emprendidas para librar la tierra santa, con arreglo á la propuesta hecha por Urbano II al concilio de Clermont: *Quicumque pro sola devotione, non pro honoris vel pecunie adeptione, ad liberandam ecclesiam Dei, Jerusalem profectus fuerit, iter illud pro omni penitentia reputetur.* Esta indulgencia ó conmutacion en buenas obras tuvo mucha variedad. Se extendió ya á otras expediciones militares, ya á la construcción de iglesias ó puentes para el bien público; y los que no podían ir

á trabajar por sí mismos, se indulgaban poniendo otra persona en su lugar, ó por la cantidad en que se tasaban."

Para concluir este discurso resta decir algo sobre la indulgencia por los muertos. Los luteranos y calvinistas detestan toda oracion por ellos. Pero los verdaderos principios de la religion y la tradicion constante de la iglesia nos hace ver lo contrario. Prescindo por ahora del auténtico testimonio de Judas Macabéo y del de varios profetas que acreditan expresamente la utilidad de las oraciones por los difuntos. Prescindo asimismo de los testimonios de los padres griegos y latinos sobre la materia, ya por ser tan óbvios, ya por haberlos expuesto en el tomo XIII de mis Sermones. Basta pues decir en compendio, que la iglesia ha mirado siempre á las almas de los fieles que han muerto en gracia, pero sin haber completa-

mente expiado el reato de pena temporal correspondiente á sus defectos, como miembros de Jesucristo y parte integral de su cuerpo místico, y que padecen aún en el purgatorio hasta haber pagado el último cuadrante, porque delante de Dios nada puede haber manchado. Si un miembro pues no puede padecer sin que se con-
 duelan los demas, segun el testimonio de S. Pablo y nuestra propia experiencia, ¿cómo podrá esta piadosa madre mirar con indolencia á estos sus conmiembros que sufren las mas graves penas? Si ella pues como heredera de la caridad y misericordia de su Esposo ha creído siempre que puede en ciertas ocasiones comunicar los méritos de Jesucristo y de los santos á los fieles vivos, ¿qué imposibilidad hay para que pueda extender igualmente este beneficio á favor de los que gimen en el purgatorio, pero que le estan unidos? ¿Está por ventura aniqui-

lada la caridad en orden á los que no perciben ya los sentidos?

Es verdad que la iglesia no puede ya remitir por via de absolucion las penas temporales de los justos que han salido de este mundo antes de haber satisfecho plenamente por sus pecados. Mas siempre será contrario á la escritura, á la tradicion y á la piedad decir que no puede procurarles socorro alguno por via de sufragio, ofreciendo á Dios por ellos el sacrificio de Jesucristo, sus méritos, los de los santos, sus oraciones, sus ayunos, sus penitencias, sus limosnas, y las demas buenas obras que los cristianos dirigen al cielo unos por otros. Esto es lo que la iglesia nuestra madre, dirigida siempre por el Espíritu Santo, entiende por indulgencia á favor de los muertos.

Concluyo pues exhortando á todos los fieles con el apóstol, que no reciban en vano esta instruccion

dirigida únicamente á su salud espiritual, aprovechando el tiempo aceptable, y haciendo ahora lo que quisieran haber hecho en el momento de presentarse ante el supremo Juez de vivos y muertos y pasar á la eternidad. Este es el único deseo con que he trabajado este discurso, que sujeto á la correccion de nuestra santa madre la iglesia.

ORACION GRATULATORIA
á la iglesia de España por la venida
de FERNANDO VII el deseado á ocu-
par de nuevo su trono despues de
su cautiverio.

VOTOS DE UN AMANTE DE LA RELIGION
Y DE LA PATRIA.

Exue te Jerusalem stolâ luctus et vexationis tuæ, et indue te decore ejus, quæ à Deo tibi est sempiternæ gloriæ... Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub cælo est... Nominabitur enim nomen tuum à Deo in sempiternum: pax justitiæ, et honor pietatis. Baruch. c. 5.

Dias hace! ¡Jerusalén augusta y dulce madre mia! dias hace que tu triste lamento conmovió mis entrañas. Tus eternas lágrimas por la separacion violenta de tu consolador, y cautividad de tus mas ilustres hijos por la felonía y prepotencia del

dirigida únicamente á su salud espiritual, aprovechando el tiempo aceptable, y haciendo ahora lo que quisieran haber hecho en el momento de presentarse ante el supremo Juez de vivos y muertos y pasar á la eternidad. Este es el único deseo con que he trabajado este discurso, que sujeto á la correccion de nuestra santa madre la iglesia.

ORACION GRATULATORIA
á la iglesia de España por la venida
de FERNANDO VII el deseado á ocu-
par de nuevo su trono despues de
su cautiverio.

VOTOS DE UN AMANTE DE LA RELIGION
Y DE LA PATRIA.

Exue te Jerusalem stolâ luctus et vexationis tuæ, et indue te decore ejus, quæ à Deo tibi est sempiternæ gloriæ... Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub cælo est... Nominabitur enim nomen tuum à Deo in sempiternum: pax justitiæ, et honor pietatis. Baruch. c. 5.

Dias hace! ¡Jerusalén augusta y dulce madre mia! dias hace que tu triste lamento conmovió mis entrañas. Tus eternas lágrimas por la separacion violenta de tu consolador, y cautividad de tus mas ilustres hijos por la felonía y prepotencia del

mas pérfido enemigo, penetraron mi corazón desde luego. Tu incomparable aflicción al ver el sacrilego robo de los templos, la dura persecución de sus ministros, la irrisión de los dogmas y sacrosantos misterios, el abandono de la moral cristiana por muchos de tus hijos, que á manera de crueles vivoreznos despedazaban tus entrañas, burlándose con sarcasmos de tu gerarquía, disciplina, culto y religion; al ver, digo, estos males públicos desfallecia mi alma. Al considerar tu pena viendo conducir con violencia y la mas execrable perfidia cautivos á tus príncipes, á manera de carneros que no encuentran el pasto, rodeados é impelidos por satélites del mayor de los tiranos, mi corazón se turbaba y mis fuerzas desfallecian. Cuando consideraba tu amargura al ver llorar al pueblo, gemir los sacerdotes, y entrar en el santuario gentes á quienes no era lícito por disposición del Altísimo,

no podia menos que exclamar con un profeta: ¡á quién te compararé, hija de Jerusalén? ¡Quién curará tus llagas ó te consolará, virgen, hija de Sion, en medio de un dolor tan vasto como el mar!

Mas ¡ah! despójate, Jerusalén augusta, del vestido de luto y de tu vexación: adórnate ya con la gala de la gloria sempiterna que desde tu establecimiento te concedió el Señor.... porque Dios manifestará en tí su esplendor á todo el mundo.... Tu nombre será eternamente proclamado por el Señor... que te dotará con paz de justicia y honor de piedad.... Mira ácia el Oriente, y verás la alegría que Dios, siempre benigno contigo, siempre misericordioso, te envía.... Tus mas nobles hijos, hasta aquí dispersos, marchan ya juntos desde Oriente á Poniente para tu consuelo.... Muchos de ellos salieron de tu suelo conducidos á pie por los enemigos; mas el Señor se

digna devolvértelos con el honor de hijos del reino."

Por conductos de tan ilustre comitiva viene Fernando el deseado de los pueblos, nuestro rey, tu augusto protector y tu consuelo. No digas ya pues que estás desierta y desolada; porque la piedra que reprobaban los artifices y arquitectos de la impiedad al abrigo del tirano de Europa se halla colocada de nuevo por angular del vasto y magnífico edificio de esta monarquía, á la cual como árbol frondoso has cubierto siempre con tu sombra benéfica, dirigiendo las aguas del Salvador, que desde tu origen te han fecundizado, al riego de la viña del Señor, por medio de sus sacramentos. El Excelso no ha obrado en vano, esta venida inesperada, este prodigio de su diestra, tan admirable á nuestros ojos. La libertad del cautiverio de nuestro amado Fernando no es obra del acaso, sino efecto

de la predileccion con que te ha mirado siempre, y de sus antiguas y adorables misericordias con tus hijos. Tu lamento ha llegado á su trono, y se ha dignado oír tus clamores, devolviéndote á tu consolador para que reuna á tus hijos dispersos, y cele tu magestad y tu esplendor.

No pienses ¡ó hija de Sion! que adulo tus esperanzas. Yo bien sé que el hombre enemigo ha sembrado en tu ameno campo mucha zizaña, y que ésta ha echado profundas raíces en el ingrato corazón de muchos de tus hijos, que de católicos se han convertido en prosélitos de la impiedad y del ateismo, engañados con el pacto social de Rousseau, los folletos de Voltaire y de otros semejantes. Pero tú conoces bien el carácter de Fernando VII, nuestro amado soberano. La justicia y la paz con vínculo indisoluble adornan su diestra. La religion y la piedad animan su corazón. La unión

y la felicidad de tus hijos agitan su paternal solitud y sus desvelos por el bien universal de la monarquía. Digno heredero de los Recaredos, de los Sisebutos, Pelayos, Fernandos, Luises é Isabelas, promoverá tu religion y culto, defenderá tu verdadera y única fe, reparará tus santuarios, protegerá sus ministros, entregados dias hace al charlatanismo de los impíos conforme á las instrucciones de Napoleon, y reducidos á gemir en secreto su indigencia, su abandono, su disimulada persecucion, y el sacrílego robo de sus haciendas y templos. Yo lo contemplo como á un ángel de paz, de clemencia y de equidad, bases dignas de su sòlio; pero armado su brazo de justicia y fortaleza al mismo tiempo para celar tu honor y gloria en defensa de la fe de Jesucristo, de los cánones y decisiones de su única y verdadera iglesia. Me parece verlo arrojando del

templo á sus profanadores á imitacion del Salvador; y que como Fineés y otro Elías viene á celar la causa de su Dios, castigando á los falsos profetas de Baal, y exterminando á los apóstoles de la impureza. Al tocar los males públicos que os han afligido y afligen aún por la inmoralidad é irreligion de muchos de tus hijos desnaturalizados, juzgo oírle decir con David: "el celo de tu casa me ha devorado, y los oprobrios de los que te ultrajan han hecho impresion y recaído sobre mí.... Vos, mi Dios y mi Señor, habeis roto mis cadenas; yo os sacrificaré la hostia de alabanza, é invocaré vuestro Nombre: os retribuiré, Señor, mis votos y ardientes deseos de contribuir al bien espiritual y temporal de mis amados vasallos á presencia de todo vuestro pueblo, porque desde la eternidad elegisteis á esta hija de Sion para vuestra habitacion y delicias." Animado de es-

tos religiosos sentimientos, me parece oírle decir con su glorioso progenitor S. Fernando: *¡Señor, vos que conocéis las intenciones de los hombres, sabéis que no pretendo ni solicito otra cosa mas que vuestra honra y gloria; y que no deseo el cado reino temporal, sino la fe cristiana y el aumento de la religion!*

¿Qué no debéis pues esperar ¡ó tierna madre! del carácter benéfico, religioso y justo de nuestro amable soberano? ¿Con cuánta razon podrás decir con el real profeta en accion de gracias á tu Dios: "yo, Señor, te ensalzaré, porque me has acogido, y no has permitido que se regocijen mis enemigos sobre mí: á ti clamé, Señor Dios mio, y me has sanado.... Mi lamento lo has convertido en gozo; has roto mi saco de tristeza y me has rodeado de alegría. Con la venida del monarca me librarás del lazo que me han escondido mis enemigos, porque sois mi pro-

rector....Caigan pues en él los prevaricadores de vuestra ley santa.... Vos sois mi auxilio y mi defensor; en vos ha esperado mi corazon, y he sido auxiliada.... Oid ¡mi Dios! la voz de mi deprecacion, cuando elevo mis manos á vuestro santo templo. Salva, Señor, al rey; salva á tu pueblo; bendice tu herencia, pues la has poseido desde el principio; dirigela y elévala para la eternidad."

Y vosotros, amados españoles, los que por casualidad leyéreis ú oyéreis esta desaliñada y ruda gratulacion á nuestra madre la iglesia por la venida de nuestro soberano á ocupar de nuevo su sòlio, ayúdame á pedir al Padre de las misericordias que nos lo conserve y vivifique; que lo haga feliz no solo en la bienaventuranza, sino tambien sobre la tierra, librándole de las manos de sus enemigos, que quanto mas ocultos son mas temibles; y pidamos al Padre de las luces le con-

ceda como á otro Salomon, sabiduría y prudencia para la recta administracion de justicia, para reedificar los templos robados y destruidos, y conducir á sus pueblos al abrigo de la religion de sus gloriosos predecesores. Acordaos algunos de vosotros, os diré con Baruch, que habeis olvidado á Dios que os ha nutrido, y que habeis contristado á esta Jerusalén vuestra nodriza. Reconoced, os ruego, vuestro yerro, y mientras nuestro católico monarca da gracias al Señor con el real profeta *por haberlo librado de un poderosísimo enemigo y de todos los que lo aborrecian.... porque procura seguir las sendas del Excelso y observar sus preceptos*, clamemos nosotros llenos de entusiasmo y de alegría: viva la religion de Jesucristo, viva el rey, viva la patria y sus gloriosos defensores. Amen.

S. S. S.

TABLA

DE LO CONTENIDO

en este tomo.

Plática I. Sobre la confianza en Dios.	Pág. 1.
Plática II. Sobre la tibieza.	23.
Plática III. Sobre la devocion á la Virgen.	41.
Plática IV. Sobre la Oracion fructuosa.	59.
Plática V. Sobre la Humildad.	74.
Plática VI. Sobre la Pureza.	90.
Plática VII. Sobre la Conformidad.	109.
Plática VIII. Sobre los pecados veniales.	124.
Plática IX. Sobre la muerte del justo y del pecador.	137.
Discurso dogmático sobre las Indulgencias.	156.

Oracion gratulatoria á la iglesia de España por la venida de Fernando VII el deseado á ocupar de nuevo su trono despues de su cautiverio. 205.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
CATEDRA ALFONSO X EL SÁBIO UNIVERSITARIA
Rollo 68 MICROFILMADO 19/5/88

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DE NUEV
BIBLIOTEC